

La Ilustración Nacional

Administración: Almirante, 2 quint.,º

MADRID
28 de Febrero de 1887.

Año VIII.—Núm. 6



UN PRISIONERO (Cuadro de M. Berne-Bellecour.)



SUMARIO

GRABADOS: Un prisionero (cuadro de M. Berné-Bellecour).—Grandezas arquitectónicas de España: el acueducto de Segovia.—D. Manuel Salas y Vázquez, capitán de fragata.—La Plaza Mayor de Madrid.—El transporte de guerra francés *La Correse*, saliendo de la rada de Tolón.—Posesiones inglesas en América: vista de Roseau, capital de la Dominica.—Granada: la puerta del Juicio, en la Alhambra.

TEXTO: Crónica, por D. F. Serrano de la Pedrosa.—Un prisionero (cuadro de M. Berné-Bellecour).—El acueducto de Segovia.—D. Manuel Salas y Vázquez.—La Plaza Mayor de Madrid.—El transporte de guerra francés *La Correse*, saliendo del puerto de Tolón.—La calle principal de Roseau, capital de la Dominica.—Granada: la puerta del Juicio, en la Alhambra.—Ingleses y franceses de viaje, novela suiza, de Topfer.—Párpados de rosa, por D. Javier Montalvo.—Los egoístas (arreglo del inglés, por A. Ordax) (continuación).—A un noble prostituido (soneto), por D. J. Guillén Buzarán.—La novela contemporánea (conclusión), por D. Conrado Solsona.—Espectáculos, por *Cantaclaro*.—Rimas, por D. José Díaz Macías.—Bibliografía.—Anuncios.—Sobre cubierta, por D. E. de Palac'o.—Charadas.—Solución á las anteriores.—Importante.

CRÓNICA

Hay que considerar las *pequeñeces* para comprender y sentir la *grandeza* de este siglo.

Un botón eléctrico mueve á un hombre y á una mujer, si es telefonista, y hace estallar un torpedo y hundirse un barco; una lente menor que una lenteja nos permite ver nuestros tejidos de tal modo aumentados, que corresponden á un hombre que tuviese un kilómetro de los pies á la cabeza; un aparato menor que una caja de cigarros pone en nuestro oído, en el más apurado trance, los consejos del amigo, con sus perfidias y todo; un poco de vapor de agua nos lleva velozmente por los campos y á través de los mares...

Estas y otras maravillosas chucherías, miradas de cerca, hacen de este siglo una de las centurias más grandiosas.

Pero si en vez de mirarlo de cerca lo contemplamos... ¿cómo diremos?... con los ojos de la luna, como quien mira un tablero de ajedrez, el siglo se achica, se encoge, y la pícara condición humana, el espíritu del hombre, el faro que debe iluminar todo lo creado, aparece tan ruín y tan mezquino como un guanillo de luz.

Entonces vemos á este bichejo que se llama rey de la creación sacrificando por millones las vidas de sus semejantes en empresas de todo punto estériles...

Dejando á un lado filósófias aún más estériles, limitémonos á historiar.

Guerras comenzadas:

La de los ingleses en Africa.

La de los ingleses en la India.

La de los portugueses en Mozambique.

La de los españoles con los joloanos.

La de los italianos con los tripolitanos.

Y no recordamos cómo se llevan ahora los ingleses con los africanos del Cabo.

Pero sí recordamos que se llevan muy mal con los irlandeses.

Programa de la función próxima:

Franceses y alemanes.

Ingleses y rusos.

Ingleses y norte-americanos (cuestión del Canadá).

Portugueses y españoles (hay más de dieciséis portugueses armados en la frontera).

Y León y Castillo contra Marcos Zapata. El primero cuenta con Felipe Pérez, autor de *La Gran Vía* y futuro concejal, y Zapata

cuenta con *la piedad de la Reina*, que á última hora pudiera indultar el drama.

Mucho se ha hablado acerca de este asunto.

El ministro de la Gobernación, como última defensa de su conducta, que, conveniente ó inconveniente, no encaja dentro del sistema liberal, ha preguntado á los monárquicos: ¿No hubiérais hecho lo mismo?

Y los monárquicos, aunque no todos, han dado la razón al ministro.

Pero Albareda no se marcha.

Y León y Castillo, que no puede permitir «que el público compre en la taquilla el derecho de aplaudir ó silbar á la Majestad Real,» prohibirá seguramente durante la próxima Cuaresma las representaciones de *La Pasión*, para que el público no compre en la taquilla el derecho de aplaudir ó silbar á Jesucristo: ¿no es esto?

Pues... no, señor; no es esto.

Tenemos noticia del primer hecho de armas ocurrido en Mindanao.

El último renglón del telegrama no puede ser más expresivo.

Dice: «Bajas, pocas, relativamente.»

Eso mismo calculamos que se podrá decir del resultado de la campaña: «Resultados, provechosos, relativamente.»

Lo que no es relativo, sino en absoluto censurable y algo más, es el abandono de este municipio en la cuestión de incendios.

El malísimo servicio que existe ha vuelto á lucir su insuficiencia y su miseria en el incendio que estalló hace pocos días en la calle de la Luna.

Parece que los concejales tienen los pies llenos de callos, lo cual no tendría nada de particular, según lo que se preocupan de la cuestión de las vías.

Ahora le toca el turno á la prolongación de las calles de Jesús y de Cervantes.

Verdad es que ambas calles se ven transitadas por los vecinos todos los días y por los serenos todas las noches.

Y conviene á los mismos concejales pensar un poco en todo, para que no se crea que sólo piensan en una cosa.

Los disculpamos, después de todo, porque lo mismo nos pasa á nosotros: no podemos apartar de la imaginación esas fuerzas militares portuguesas que han venido á la frontera.

Y es por la parte de Extremadura. Esto parece indicar que temen algo de los chorizos.

Pasémonos la mano por la frente, como aconsejan los novelistas para apartar ideas fatídicas, y pensemos en Alemania.

Alemania y el Vaticano están como dos novios: no puede darse mayor ternura en el trato.

El cardenal Jacobini aconseja á Windthorst, jefe de las consonantes... digo, jefe del Centro parlamentario, que apoye el septenario militar.

Bismarck en cambio...

Esto de «en cambio» pudiera dar al asunto carácter interesado. Bismarck, que ha sen-

tido precisamente en los mismos días análogo arranque de generosidad y simpatía, hace que el Estado renuncie por diez años al derecho de aprobación de los curas propuestos por el Vaticano para cubrir vacantes. Al mismo tiempo, *La Ilustración Alemana* publica los retratos y biografías de Su Santidad León XIII y de su secretario de Estado, cardenal Jacobini.

Y todo es paz y concordia entre los príncipes cristianos... y los príncipes protestantes.

Y otros que no son ni cristianos ni protestantes.

El shah de Persia ha manifestado á sus súbditos el deseo de que no haya diferencia alguna entre los musulmanes y los cristianos, respecto de su libertad de acción y uso de las leyes de aquel país, lo cual concede en honor del actual Soberano Pontífice León XIII.

Parece que corren paralelamente la importancia de Italia y la importancia del Pontificado, aunque no haya entre estos hechos relación ninguna de causalidad.

Cuando en tiempos no lejanos Italia estaba oprimida y despedazada, el Pontificado tenía menos dinero y menos importancia política que hoy.

Quizás no les sepa muy bien á los franceses la inteligencia entre el Vaticano y Alemania; pero esto no puede ser causa de males ni para Francia ni para el Vaticano.

Entretanto, los italianos manifiestan su gratitud por las muestras de simpatía que recibieron aquí sus periodistas, agasajando á nuestros marinos de un modo inolvidable.

Italia había de aprovechar la primera ocasión para devolver el obsequio, y ciertamente son muy dignos de recibirlo, en representación de su país, los oficiales de nuestra marina de guerra.

Pero hemos hablado de Alemania, sin decir que los diputados alsacianos-loreneses, partidarios de Francia, que han triunfado en las últimas elecciones para el Parlamento alemán, son *doce*.

Los mismos franceses no contaban, según dicen, con este apostolado.

Bismarck está dispuesto á disolver Parla-

mentos como si fuesen azucarillos. Pero hay que tener en cuenta que cuando los apóstoles no pueden predicar hacia arriba, predicarán hacia abajo.

Y lo que entonces suceda, no tendrá para Bismarck el sabor de un azucarillo.

En el resto del planeta no ocurre novedad.

Los concejales de Madrid (y perdone el buen gusto la reincidencia), tienen en proyecto la construcción de una casa ayuntamiento, que sería una maravilla.

Harán muy bien; su dinero les cuesta, no la casa, sino el ser concejales (me refiero á lo que cuesta la bencina para quitar al frac las manchas), y por lo tanto, deben estar bien instalados.

Ya me los figuro discurrendo... por los salones del suntuoso edificio y cantando á coro:

—Somos los barbianes
de cada distrito...

.....

En
han r
Ta
...
A
mar
A
á con
...
Na
Au
tas, r
Lo
otro
En
tor fr
tud p
El
págin
ducie
instal
los de
los pe
mérito
zado
Dan
repres
del A
ilustra
«que
grand
día la
constr
El g
llama
posita
cen er
correr
rodeo
En
pies, c
el tra
en la
La
pies, r
y el t
de ma
llas d
Los
están
altura
dando
los ar
Est
tar ni
gama
tro en
La
milia
distin
funda
de fra
tras b
Una
lada
mos q

En la tribuna de la prensa del Congreso han robado una capa.

Tampoco esto es nuevo.

.....
An *Barcelona* una señora ha matado á su marido en mitad de la calle.

A pesar de lo cual, el Sr. Mario se resiste á contratarla.

.....
Nada es nuevo.

Aun la Primavera que se entra por las puertas, no es nueva: es la misma del año pasado.

Los que no somos los mismos, somos nosotros.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

UN PRISIONERO

Cuadro de M. Berne-Bellecour.

Entre las dotes que como artista revela el pintor francés M. Berne-Bellecour, sobresale su aptitud para pintar tipos y escenas militares.

El cuadro que reproducimos hoy en primera página representa á varios Móviles franceses conduciendo un prisionero alemán al cuartel general instalado en una casa de campo. La exactitud de los detalles y el arte con que se hallan agrupados los personajes, no son seguramente los menores méritos de este pequeño y original cuadro, trazado de mano maestra.

EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA

Damos en la pág. 84 un excelente grabado que representa esa obra magnífica, vista en la plaza del Azoguejo de Segovia. De ella dice muy bien el ilustrado escritor de dicha capital, Sr. Villanueva, «que pregonaba después de diez y nueve siglos la grandeza de los que la construyeron, y presta hoy día la misma utilidad que en los primeros de su construcción.»

El gigantesco monumento arranca en el punto llamado Caseta de los Condes, donde quedan depositadas en una espaciosa arca las aguas que nacen en el pinar de Balsaín, falda de la Fuenfría, y corren allí por cañera abierta, después de infinitos rodeos.

En tal sitio, el puente mide una altura de 17 pies, que va aumentando paulatinamente en todo el trayecto, hasta llegar á la de 102 pies que tiene en la plaza del Azoguejo.

La distancia ocupada por las arcadas es de 2,921 pies, más 29 de inclinación; los arcos dobles son 42, y el total 161, sin contar algunos que hay rellenos de mampostería y otros abiertos desde las murallas de la ciudad hasta la plaza de Avendaño.

Los pilares más altos que contienen estos arcos están fundados sobre arena, con base soterrada, altura de 14 pies, 12 de fondo y ocho de frente, dando aquéllos una luz de 16 pies, aunque no todos los arcos y pilares son exactamente iguales.

Está construído con piedra granítica sin desbastar ni afinar, y sus grandes sillares, unidos sin argamasa ni material alguno, se sostienen en su centro en virtud de la fuerza de la gravedad.

D. MANUEL SALAS Y VÁZQUEZ

La muerte acaba de arrebatár al amor de su familia y al seno de la Armada uno de los jefes más distinguidos, y en quienes había motivos para fundar más grandes esperanzas. Tal era el capitán de fragata D. Manuel Salas y Vázquez, fallecido tras breve enfermedad el día 1.º del corriente.

Una modestia extraordinaria tenía en parte velada su ilustración vastísima en los múltiples ramos que abarca la profesión de la Marina, y hacía

que sólo fuese dado conocerla en su exacto valor á los que le trataban con alguna intimidad. Su carácter igual y bondadoso hacía crecer constantemente el afecto que desde la niñez le profesaron sus compañeros de colegio; afecto que hoy había llegado á revestir carácter de respetuoso, porque en él se encontraba, á la vez que al amigo de la infancia, al más sensato consejero, que para todos encontraba una frase agradable; un consejero prudente, un consuelo en sus contrariedades, una sonrisa bondadosa que deshacía nubes y allanaba el camino de las esperanzas que hacía nacer, con su clarísimo juicio, la rectitud de su criterio, su bondad y su agrado inalterables.

La hora funesta de sus alabanzas ha sonado en el reloj del tiempo, y siquiera no sean cuantas merece, sean al menos la expresión del afecto que desde niños nos ha unido, y que á través de las vicisitudes de esta carrera accidentada que tantas veces nos une y nos separa, se ha conservado inalterable hasta el momento en que ha venido á interponerse entre nosotros un agente tan invencible y tan cruel como la muerte.

D. Manuel Salas y Vázquez nació en Benaocaz, provincia de Cádiz, en 1844. A los 13 años ingresó en el antiguo Colegio Naval Militar de San Fernando, donde terminó con lucimiento sus estudios en 1859, y obtuvo carta-orden de guardia marina.

Joven de quince años, inauguró brillantemente su carrera haciendo la campaña de África en la corbeta *Villa de Bilbao*, á las órdenes del vicealmirante D. Juan Bautista Antequera, y recibió su bautismo de fuego en el bombardeo de las plazas de Larache y Arcilla por la escuadra del general Bustillo en Febrero de 1860. Al terminar la campaña fué declarado benemérito de la patria y condecorado con la cruz de la Marina de la Diadema Real y la Medalla conmemorativa.

A su regreso á España embarcó en la fragata *Concepción*, que transportó á las costas españolas, en embajada extraordinaria, al príncipe Muley-el-Abbas en 1861: pasó después al Apostadero de la Habana, y se halló en la campaña de Méjico asistiendo á la rendición del castillo de San Juan de Ulúa y ocupación de Veracruz por las tripulaciones de la escuadra del contralmirante Rubalcaba.

En 1862 regresó á España en la corbeta *Mazarredo*, y de ella trasbordó á la *Concordia*, en la cual se encontraba embarcado cuando ocurrió su incendio en los Caños de la Carraca.

En 26 de Julio del 64 ascendió á alférez de navío y fué uno de los elegidos para tripular la urca *Santa María*, habilitada como Escuela de guardias marinas, de la cual han salido tan brillantes oficiales. Con dicho buque hizo el largo y penosísimo viaje á la vela de Cádiz á la Habana, Rio Janeiro, Cabo de Buena Esperanza, Manila, China, Santa Elena y Cádiz, viaje que duró dos años, y entre cuyos notables incidentes merece mencionarse el horroroso huracán que sufrieron en las costas del Sur de Batangas.

En 1867 pasó á las posesiones españolas del Golfo de Guinea como segundo comandante de la goleta *Consuelo*, cuyo mando recayó en él por muerte de su propietario, y allí permaneció hasta Octubre del 68, que volvió á la Península, hallando á su llegada triunfante la revolución y establecido el Gobierno provisional.

En aquel año fué ascendido á teniente de navío.

Descansando de sus largas navegaciones se encontraba en Jerez de la Frontera en uso de licencia, cuando ocurrieron los desórdenes de Marzo del 69, y en los días 17 y 18 tomó parte muy principal y voluntaria en el combate librado por las tropas del Gobierno contra los insurrectos, por cuyo hecho fué premiado con la cruz roja del Mérito militar.

Poco después salió con la goleta *Céres* para las costas del Brasil y el Río de la Plata, y allí fué destinado á la fragata *Blanca*, de la insignia del contralmirante D. Miguel Lobo, en la cual vino á España en 1871.

En el siguiente año volvió al Apostadero de la Habana, visitó varios puertos de los Estados Unidos é hizo toda la penosísima campaña contra los insurrectos, habiéndole cabido en suerte dar escolta al famoso *Virginus* en su viaje á la Habana desde Santiago de Cuba.

En Julio de 1874 fué declarado teniente de navío de primera clase, en cuyo empleo continuó la campaña, mandando varios cañoneros, con uno de los cuales salvó al vapor *Minerva*, varado en Cabo Francés; y en 1875, quebrantada su salud á consecuencia de los largos cruceros que sostenían aquellos pequeños buques, se vió precisado á regresar á la Península.

El Gobierno utilizó entonces su gran ilustración y sus conocimientos en idiomas nombrándole redactor traductor de la Dirección de Hidrografía; pero sus aficiones se conformaban difícilmente con la vida terrestre, y en Enero del 76 solicitó, y obtuvo el mando de la goleta *Constancia*, y salió para el Apostadero de Filipinas.

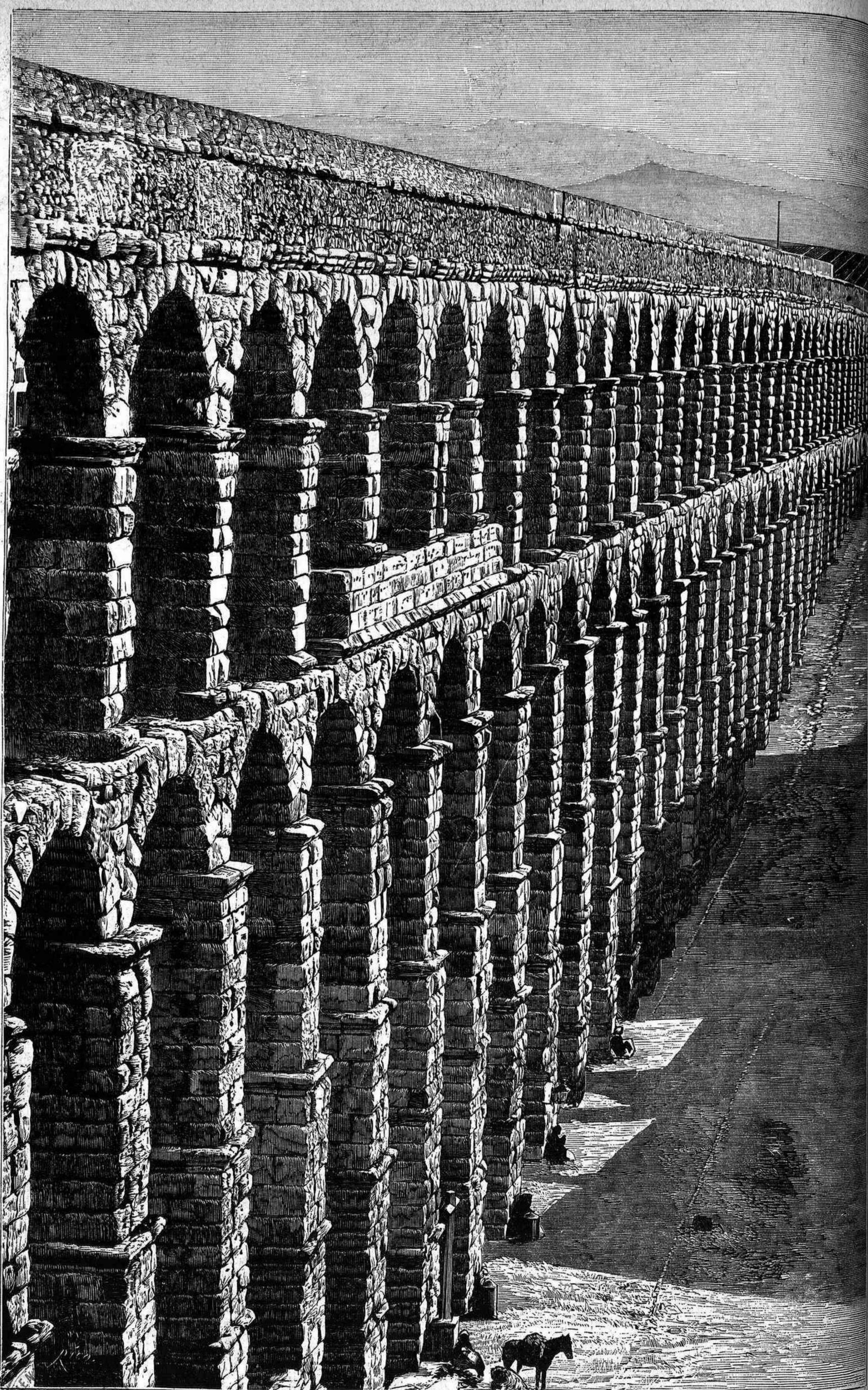
Allí estrenó su mando con la presa de un *panco* moro en Irayay; desempeñó interinamente el gobierno político-militar de la isla Paragua; salvó la tripulación del bergantín *Subie*, perdido al Sur de Barbacán; mandó después las goletas *Animosa*, *Sirena* y *Santa Filomena*, y las estaciones navales de Pollok y de Joló; desempeñó una importante comisión cerca del Sultán de aquellas Islas y de los Dattos de Boal y Mandarines, y condujo en visita pastoral por las islas de su diócesis al obispo de Jaro.

En Junio de 1880 regresó á España y volvió á ser destinado á la Dirección de Hidrografía, con el encargo de la publicación de la *Revista general de Marina*, en que ha dejado tan abundantes muestras de su laboriosidad, de su clarísimo talento y su corrección de estilo, que al verificarse el primer certamen de premios á los autores de trabajos insertos en ella, el Jurado, presidido por el contralmirante D. Florencio Montojo, por unánime acuerdo hizo especial y honrosísima mención del capitán de fragata Salas, obteniendo también la cruz de segunda clase del Mérito Naval, como recompensa á sus extraordinarios trabajos.

En este período de relativo descanso contrajo matrimonio, en Enero de 1883, con la señorita doña Luisa Márquez y Solís, hija del sabio director del Observatorio de Marina de San Fernando y del Conservatorio de Artes, brigadier de la Armada D. Francisco de Paula Márquez, no siendo pocas las afinidades que se observaban entre las aficiones científicas y literarias de Salas y las de su padre político, cuyo trato constante llegó á establecer entre ellos un mutuo afecto, que aumentaba el natural y propio de su estrecho parentesco.

En Abril de 1885 ascendió á capitán de fragata, y pocos días después fué nombrado oficial del ministerio de Marina, donde desempeñó los cargos del Registro general, el negociado de Legislación y la Secretaría de la Dirección de Establecimientos científicos, captándose en todos la simpatía y el afecto de cuantos le trataron, como jefes, como amigos y como subordinados, hasta el momento funesto en que la muerte ha cortado su existencia á los cuarenta y dos años de edad, precisamente cuando la madurez de su juicio, la convicción de sus ideales, su práctica de hombre de mar, sus condiciones de escritor de tanto mérito como modestia, y sus cualidades privadas, hacían más fundadas las esperanzas de que llegase á ser, en más altas esferas y en un campo de acción más vasto, uno de aquellos hombres que harían honor á la Marina y al país.

En su ya larga carrera, más larga que por el número de años, por lo aprovechados que fueron, había recorrido los mares de Europa, África, las dos Américas y Oceanía; había navegado en 41 buques, desde navíos á goletas y desde urcas de vela á acorazados de combate; había ejercido el mando en 7; había tomado parte en las campañas de África, Méjico, Cuba y Joló, y asistido á los combates de Larache, Arcilla y Jerez de la Frontera.



MADRID
BIBLIOTECA
ARTISTICA
MARIANO

GRANDEZAS ARQUITECTONICAS DE ESPAÑA.—EL ACUEDUCTO DE SEGOVIA



D. MANUEL DE SALAS, CAPITAN DE FRAGATA, † EN MADRID EL 1.º DEL ACTUAL



LA PLAZA MAYOR DE MADRID.

A pesar de su ejemplar modestia, pues nunca solicitó gracia ni recompensa alguna, estaba condecorado con las cruces de la Marina de Diadema Real, Mérito Naval de segunda clase, Mérito Militar roja, San Hermenegildo y Medalla de África, y había sido declarado por las Cortes, Benemérito de la Patria.

De propósito hemos dejado para el fin hacer mención de lo feliz que pudo ser en el seno de su familia (tanto como merecía su bondadoso corazón), y por qué serie de acontecimientos ha venido á morir, herida el alma en sus más caras afecciones dejando en pos de sí un rastro de dolor para los seres que le sobreviven.

Lleno de acierto al elegir la compañera de su vida, Dios bendijo su unión, concediéndole dos hijos que, á la vez que su encanto, era el primero de ellos la alegría de los últimos años de sus cariñosos abuelos, que no alcanzaron al segundo.

Hace muy poco más de un año que, con muy corto intervalo de tiempo, fallecieron el padre y la madre de la señora de Salas. Tras de aquella amargura, quedábale el consuelo de la nueva familia que se había creado, hasta que hace diez días una enfermedad traidora y repentina vino á robarle en pocas horas el mayor de sus hijos, preciosa niña de dos años; la edad de los encantos en que el amor de padre se consolida sobre los naturales atractivos que desde el nacimiento inspiran la sangre y la inocencia.

La muerte de la hija hirió al padre con golpe tan duro, que en sólo cinco días de padecimientos físicos y morales arrebató también su vida, dejando á la infeliz viuda, tan digna de ventura, sumida en soledad y desconsuelo tanto, que sólo Dios, que da las penas, puede dar fuerzas para soportarlas y sostener la vida, cuando en plazo tan breve priva del padre, de la madre, de la hija y del esposo, y deja un alma en luto perdurable, rota y deshecha por la guadaña de la muerte la red de corazones en que vivía feliz y llena de esperanzas, hasta donde es posible serlo en este mundo de dolores.

Deja un huérfano de pocos meses, que aún no distingue el llanto que parte de los ojos, del que arranca más hondo en el latido de los corazones.

La Armada no dejará de ver en él al heredero de dos nombres que le dieron honor en diferentes jerarquías: *Salas y Márquez*.

Quizás sea el niño heredero también de las virtudes y talentos de sus progenitores; y quizás, como aquellos seres, también llamado á vivir nuestra vida y á recibir de nosotros el cariño, la protección, la recompensa, los beneficios á que le dan derecho los grandes merecimientos de su padre y la inmensa desventura de su madre.

Madrid 4 de Febrero de 1887.

RAMÓN AUNÓN Y VILLALÓN,
capitán de fragata.

LA PLAZA MAYOR DE MADRID

Presentamos en la pág. 85 un grabado, copia de fotografía, que representa la plaza Mayor de esta capital.

Larga es la historia de este sitio público; plaza del Arrabal primero, cuando Madrid se encerraba en menguado recinto, llegó á ser en el reinado del segundo Felipe el lugar donde el Santo Oficio celebraba sus autos de fe, sin que abdicara de este uso cuando el nieto del fundador del Escorial hacía correr allí cañas y toros para mostrar la gentileza real en tales ejercicios.

Allí las bodas de nuestros reyes, el nacimiento de los príncipes y las proclamaciones de los Monarcas se han solemnizado fastuosamente; y allí, en fin, el pueblo de Madrid peleó el 7 de Julio de 1822, defendiendo las libertades públicas contra los batallones de la Guardia Real sublevados en favor del absolutismo.

El transporte de guerra francés «La Corrése» saliendo del puerto de Tolón.

Ofrece este hermoso dibujo una verdadera novedad por la forma en que está presentado el barco, uno de los mayores y más soberbios transportes de guerra que posee la República vecina.

La inmensa mole, vista de abajo á arriba y delante de la proa, se destaca perfectamente, mostrando toda su arboladura, desplegadas las velas, y al impulso de su poderosa máquina de 2.500 caballos. El interior del barco no es menos notable que el exterior; puede transportar hasta 3.000 pasajeros y 500 en primera cámara; en uno de los viajes que no ha mucho verificó al Tonkín llevó á su bordo un regimiento de línea con todo su personal, equipajes y almacenes.

LA CALLE PRINCIPAL DE ROSEAU

capital de la Dominica.

(PEQUEÑAS ANTILLAS)

La isla Dominica, situada en la cadena de las Pequeñas Antillas, fué descubierta por Colón, y hoy pertenece al Imperio británico.

Mide 44 kilómetros de longitud por 2) de latitud, y cuenta 26.000 habitantes, de los cuales unos 10.000 residen en Roseau, capital de la isla y excelente puerto, muy bien fortificado.

La Dominica es, de todas las Pequeñas Antillas, la que alcanza mayor nivel sobre el mar, y la que está más expuesta á sacudimientos volcánicos, siendo su suelo, en general, poco fértil; pero para Inglaterra tiene la Dominica mucha importancia por su situación entre las islas francesas Martinica y Guadalupe.

Granada.

PUERTA DEL JUICIO EN LA ALHAMBRA

El alcázar famoso de Alhambra el Magnífico da asuntos inagotables que tratar, así al poeta como al artista.

Bellezas sin cuentos atesora en sus muros la suntuosa mansión fabricada por el genio; cada paso que allí se da produce una sorpresa, y el ánimo va de admiración en admiración discurriendo á través de los embalsamados pensiles, de las elegantes galerías y de los pórticos y salones, maravilla en que el cincel labró, guiado como por mágica inspiración, los más delicados adornos en oro y colores afiligranados.

La Puerta del Juicio da acceso al recinto de la fortaleza real, y por ella pasó un día el vengativo Hacem, según el poeta,

*diciendo el arco al cruzar:
te tengo de festonear
con cabezas de cristiano.*

Ingleses y franceses de viaje.

NOVELA SUIZA, DE TOPFER

En una madrugada del mes de Julio salí del pueblo de Chamounix con el objeto de llegar hasta Martigny, bonita población situada al otro lado de las montañas.

Conmigo emprendieron el camino una porción de *turistas* y aficionados: suizos, alemanes, saboyanos, franceses, ingleses, y dos señoras, madre é hija, compatriotas mías.

Todos los viajeros iban montados en esos robustos mulos de los Alpes, cuyo pie es tan seguro como sorprendente su instinto; yo era el único que iba á pie.

Sin embargo, el ir á pie tiene sus ventajas en aquellos países tan quebrados, pues el pedestre

adelanta más camino que el jinete, y tiene además plena libertad para ir y venir adonde y del modo que le plazca.

Gozando, pues, de tan completa libertad, deliberé conmigo mismo respecto al uso que haría de mi independencia.

Tres partidos se me ofrecían para elegir:

Ó quedarme en la retaguardia para recoger á los rezagados;

Ó tomar la delantera, y andar solito al frente de las caravanas;

Ó, por fin, ir pasando de uno á otro grupo; así trabaría conocimiento con personas desconocidas, y me harían más ameno el viaje los encantos de una conversación variada.

Pareciéndome el mejor, adopté el último partido, poniéndole desde luego en práctica.

Acerqueme, pues, á la cuadrilla que estaba más cercana, y no fué por falta de voluntad si no me quedé con ella el resto del día.

Razón me sobraba para no alejarme, pues allí se encontraba una joven amable, encantadora; una señorita, en fin, de quien estaba enamorado mucho tiempo hacía.

No quiere decir esto, en rigor, que fuese tal vez la señorita Emilia más hermosa, ni más encantadora que otras muchísimas jóvenes; sino que mirándola á través del milagroso prisma que delante de nuestros ojos pone la pasión, á mí me parecía que no había otra como ella debajo de la cúpula de los cielos.

Fuera de esto, tengo que confesar una flaqueza mía, y es, que hallándome de viaje, se me ablanda el corazón de tal modo, que á todos los hombres les miro como á hermanos, y toditas las jóvenes en mi mocedad me causaban una vivísima impresión.

También he notado que cuando va uno de viaje, se entrega el corazón á movimientos novelescos, se vuelve más sensible, y el bello sexo se le aparece más digno de sus respetuosos homenajes.

Embargado, pues, por estas amorosas y tiernas disposiciones, me llegué al lado de la hermosa Emilia, dueña y señora de mis pensamientos.

Tenía preparadas una porción de cosas para entablar conversación; pero al acercarme á ella me quedé tan cortado, que mi torpeza era la de un patán, y mi lengua tropezaba como la de un tartamudo.

Tuve, pues, que recurrir en mi turbación á la hermosura y majestad de nuestros Alpes; hablé de la sublimidad de las neveras, del estruendo de las cascadas, del sombrío verdor de las praderas, de nuestras selvas, de los risueños bosquecillos de la Suiza y otras muchas cosas más, sin que supiera bien á punto fijo lo que estaba diciendo, pues los oídos me zumbaban y me latían las sienas de tal manera, que no tenía conciencia de las palabras que iba soltando.

Al fin, echando de ver que iba perdiendo el hilo del himno que había empezado en loor de la patria, pregunté, para salir del paso, á la joven que me miraba entre seria y burlona:

—¿Qué camino se proponen seguir sus padres de usted para ir á Martigny?

—Es cosa que no sé, caballero, me contestó la niña; pero ahí viene mi padre que se lo dirá á usted.

En efecto, llegaba el Sr. Desalle. Advertí que los padres de la joven, al verla á solas conmigo, se adelantaban con toda la premura que les permitía el paso de sus cabalgaduras, y el padre, sobre todo, arreaba vivamente á la suya.

Al llegar al punto en que me encontraba con su hija, exclamó dirigiéndose á su esposa:

—Querida, ha llegado el momento de decidirmos respecto al camino que hemos de tomar. Después, volviéndose hacia mí:

—Y usted, caballero, ¿qué camino va á seguir?

Esta pregunta insidiosa no me sorprendió tanto como me disgustó, pues el día anterior, con la imprudencia propia de un joven inexperto, le había dicho á aquel caballero que había decidido pasar por el atajo, por ser el sendero más seguro y más

corto que el otro, y que por lo regular toman los viajeros cuando van en compañía de señoras.

Pero, al paso que tan cándidamente había revelado mi propósito, el padre de la niña me decía por su parte que aún estaba indeciso en cuanto al camino que seguiría, reservándose tomar una resolución en la misma encrucijada de la que arrancan las dos vías.

Era, pues, cosa muy clara que aquel padre previsor, al decir esto, había querido reservarse la facultad de hacer pasar á su hija por el camino que no siguiera yo.

Por lo tanto, no se me escapó el significado de la pregunta de aquel hombre prudentísimo, y tratándolo á lo menos de sacar á salvo mi dignidad y decoro, le contesté con cierta sequedad:

—Bien sabe usted, caballero, que tomo el atajo; ¿y usted?

—Lo siento infinito, me dijo; nuestra caravana ha decidido seguir por el paso de Balmes. ¡Feliz viaje, caballero! Me alegro de haber disfrutado de su amable compañía hasta ahora.

Por mi parte respondí con frases tan corteses y tan sinceras como las suyas. Después nos separamos.

Muy triste, mohino y mal humorado me quedé cara á cara y á solas con la bella naturaleza.

En este momento, lo bello me parecía feo, lo sublime ramplón y ridículo.

Sentado en una peña granítica, entregábame á reflexiones amargas, á sentimientos rencorosos contra la tiranía paternal, contra la hipocresía y la envidia de aquellos viejotes que no permitían que un joven como yo cortejara á sus hijas.

En aquel momento acertó á pasar otra caravana, con la que me reuní, á falta de otra más agradable.

Componíanla tres caballeros que caminaban por su pié, haciéndose seguir por un robusto mulo cargado de piedras, fragmentos de roca, peña, granito y guijarros.

Muy agradable será sin duda la compañía de los geólogos; pero á mí me parece que para encontrarla tal es preciso haber estudiado mucho, y sobre todo tener afición á la ciencia geológica.

Cada loco con su tema, reza el refrán; el de esos señores consiste en extasiarse delante de pedruscos y echar pronósticos ó sacar consecuencias de las capas de los montes.

Romper piedras, arañar las rocas, discurrir larga, recia y profundamente, pueden ser cosas muy buenas y útiles; pero á mí me ponían dado á todos los diablos, y se me dislocaban las quijadas de puro bostezar.

Habiendo llegado á medio camino, un trozo de roca pardusca en el que me había sentado á descansar, causó grande emoción á aquellos caballeros.

Quieras ó no quieras, fué preciso levantarme para dejar campo libre al martillo científico de la geología; pero mientras los doctos varones hacían pedazos mi asiento, tomé las de Villadiego, y echando á correr, pronto los perdí de vista.

Héteme aquí solo otra vez y deseoso de encontrar otros compañeros de viaje que me hicieran olvidar la joven, cuya imagen me seguía y me atormentaba.

Lleno el corazón de este deseo, llegué á Valorina, y quiso mi buena suerte que diera allí con tres extranjeros, la flor y nata de los *turistas*.

Uno de los tres era francés, é ingleses los otros dos.

No existía vínculo alguno entre aquellos tres hombres, á excepción de esa relación que establecen la educación, la igualdad de condiciones y esa simpatía que une entre sí las clases elevadas, y merced á la cual, caballeros desconocidos unos para otros, consienten en tratarse con cierta familiaridad en cuanto están de viaje.

Eran los ingleses dos jóvenes altos y guapos, que todavía no llevaban á la edad viril.

Eran de esos jóvenes á quienes, al salir del colegio de Cambridge, milord su padre envía á dar una vuelta por el continente, haciéndoles acompañar por una especie de ayo subalterno, el que así

lustra las botas á sus alumnos como salda las cuentas de la fonda.

No me eran del todo desconocidos aquellos dos hijos de la rubia Albión, pues días atrás había comido con ellos en la mesa redonda de una fonda.

Entonces había notado que sobresalía en ellos esa reserva fría, esa dignidad aristocrática que son propias del *gentleman* inglés.

For al camino les había visto, ora bromear uno con otro, ora con los transeúntes, pero sin que perdiesen en lo más mínimo nada de su *respectability*.

En cuanto al francés, era un joven elegante, fino en sus maneras como en el hablar, legitimista de opinión, acento y bigote; uno de aquellos polítilos de tertulia que se vanaglorian de haber conspirado, creen ó se figuran haber combatido en la Vendée, y están en la firme convicción de que Luis Felipe les tiene miedo, y les obliga, por lo tanto, á dar un paseo forzoso por el extranjero.

Pero en cuanto á lo demás, era el francés todo un caballero, buen mozo, manos y pies aristocráticos, y llevaba guantes blancos (1).

Sus dos compañeros, al contrario, eran bastante torpes en sus maneras y movimientos, no tenían la soltura y el desembarazo que se notaban en el francés, pero en cambio eran muy inteligentes de las bellezas de la naturaleza, que parecían hacer en ellos vivísima impresión.

El verdor aterciopelado de las praderas, la pureza cristalina de las aguas, pero sobre todo la sublimidad de las cimas, la profundidad inconmensurable de los abismos, les causaba una satisfacción interior tan grande, que á duras penas la reprimiera la frialdad inglesa, y muchas veces, dejándose arrebatarse por el entusiasmo, prorrumpan en un: *Very beautiful splendifer!*

Por lo que toca á su traje, tenía el sello de esa rica sencillez que distinguió siempre al *tourista* británico.

Un hermosísimo sombrero de paja de anchas alas, limpio en extremo, pero algún tanto estrujadito, abrigaba, al que lo llevaba, de los ardores del sol de Julio.

Una *twina* de tela parda, de corte tan cómodo como elegante, dejaba los movimientos expeditos, y contenía en sus anchas faltriqueras un antejo de larga vista excelente, una petaca de plata, y cuantos chismes se necesitan en un viaje por las montañas.

Pero lo que más llamaba la atención, era la blancura deslumbrante y la finura admirable de su ropa.

A pesar de la poca soltura de sus movimientos, no se dejaba de ver en ellos la altivez propia de los lores, que cuentan consigo mismos para salir airoso de cualquier paso, á mas de que confían en su dinero para que los respeten y agasajen los fondistas del continente.

Ofrecía el francés el contraste más acabado con sus compañeros.

Era comunicativo en extremo, de maneras sumamente elegantes; vanagloriábase de ser grande admirador, admirador entusiasta, de las maravillas de la naturaleza, las cuales, á buen seguro, ni comprendía ni menos todavía era capaz de sentir.

Así como á los ingleses, también le encantaba el cristal de las aguas; pero sería porque las compararía con las que corren por los arroyos de las caídas de París.

Encantábanle las alturas y picachos, pero era á causa de la idea que se formaba de los saltos que habían de dar las gamuzas y corzos para pasar de una á otra peña, y sobre todo le entusiasmaba la esperanza de poder echarse á cazador tan pronto como hubiera recibido de París una escopeta de dos cañones del famoso armero Lepage.

—La primera gamuza que mate, decía, la he de

(1) Es muy probable que el francés que nos pinta M. Töpfer será uno de esos *commis-voyageur* cuya reputación es europea, pero de ningún modo un noble caballero; sino que M. Töpfer, á fuer de suizo, buen protestante y ardiente republicano, ha querido hacer reír á sus lectores á expensas de un francés papista y realista.—(N. del T.)

enviar á S. M. el rey Carlos X, mi dueño y señor que Dios guarde.

Respecto á su traje, igual lo hubiera tenido Robinsón, si se lo hubiese hecho una modista parisiense. Aquí va su descripción para el amigo lector:

Un sombrero impermeable, corto de alas, muy mono de forma, abrigaba una cabellera peinada, perfumada y acicalada con tanta perfección, que desesperara y abochornara al más pintado de los peluqueros.

Una corbatita casi invisible rodeaba su cuello. Su levita de terciopelo marrón, de faldas cortas, de un corte elegantísimo, le apretaba bonitamente el talle y hacía las veces de corsé.

Pero en la tal levita, lo que más llamaba la atención era el sinnúmero de faltriqueras grandes y pequeñas, abiertas las unas hacia afuera, hacia adentro las otras, pero llenas todas de innumerables objetos, dijes y fruslerías, la mayor parte completamente inútiles.

Sin embargo, la obra maestra de todo el equipaje del elegante parisiense era el bastón.

Con aquel bendito bastón podía su afortunado dueño hacer una silla de tijera, y en ella sentado, disfrutar á su sabor muy descansadamente de los puntos de vista más dignos de su atención.

También le podía servir de quitasol y ponerle al abrigo de los rayos de un sol abrasador.

Por fin, hacía de él un palo con su correspondiente contera de hierro, en la que se apoyaba para trepar por las rocas y deslizarse por las neveras.

Solamente que el bendito palo ó bastón pesaba tanto como una viga, y cuando hacía de él un quitasol, diríase que era el ala de algún murciélago, ó cuando el capricho de su dueño lo trasformaba en silla, parecía á los palos en que se coloca un papagayo.

A pesar de tantos inconvenientes, nuestro amado francés manifestábase muy satisfecho y orgulloso de semejante instrumento, por las numerosas ventajas que le proporcionaba.

Encontré á aquellos caballeros empeñados en una conversación de la que hacía el francés los honores con tal abundancia de palabras, que los ingleses quedaban poco menos que mudos.

Al francés le bastaron algunos instantes para tratar á fondo la cuestión dinástica, el advenimiento de Luis Felipe, las probabilidades de su caída, las causas que le ocasionarían; después, las esperanzas de los legitimistas, las que abrigaban los republicanos, y mil otras cosas.

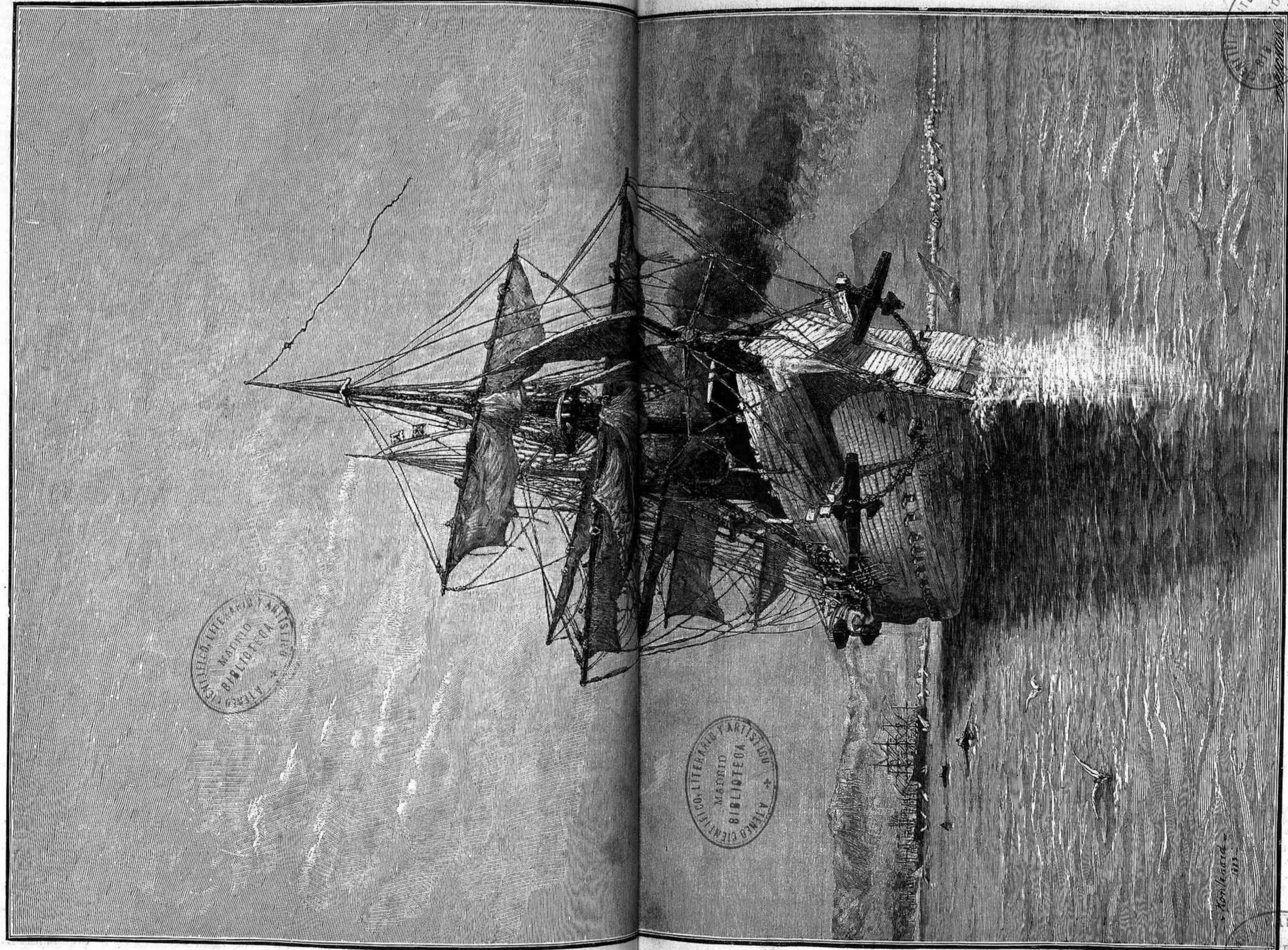
De la política, por medio de una transición cuyo secreto sólo saben tan hábiles oradores, el parisiense había pasado á las gamuzas, con motivo de un tiro que resonó en las alturas cercanas.

(Continuará.)

Párpados de rosa.

No sé dónde leyó una vez Tristán la frase «párpados de rosa.» En cualquier parte, en algún anuncio de perfumería, en las hojas de algún almanaque, y no podéis figuraros todo lo que le pudo chocar y lo que le pudo mover su imaginación perdida y extraviada. Hubo de leerla ú oírla en algún momento de terrible distracción, en un momento de esos que Tristán padece ó goza, y que si á unirlas fuéramos, constituirían la mayor parte de su existencia; una existencia perfectamente distraída. Hubo de leerla, digo, en alguno de esos momentos en que su fantasía en acción combina las más extrañas cosas, urde las más singulares tramas y forja los proyectos más imposibles, en que la realidad no entra para nada, y en donde lo vago, lo misterioso, lo quimérico se enseñorean á su placer: y así fué que á través de la sencilla imagen, vió un mundo de deliciosas fantasmagorías. ¡Párpados de rosa! decía; dos hojitas de rosa, frescas, suaves, tersas, cubriendo los globos de unos ojos negros, azules, castaños, en los que irradia la luz, el sentimien-





EL TRASPORTE DE GUERRA FRANCÉS «LA CORRESE», SALIENDO DE LA RADA DE TOLÓN

to, la intención!... ¡Párpados de rosa!... ¡Al caer de ellos se nubla la vida y se levanta una perezosa somnolencia; cuando se abren, la vida sonríe y el alma recibe los efluvios del mundo que pasa, sus líneas, sus colores, sus gestos, sus alegrías, sus tristezas!... ¡Oh! no: sus tristezas no, porque unos párpados de rosa no pueden abrirse para dejar á las tristezas penetrar por las ardientes pupilas... Yo he visto, sin embargo, ojos bien tristes y bellos, velados dulcemente por unos párpados de rosa. Es una cosa atroz, que hace sentir al alma más empedernida. ¡María!... Nadie ha visto á María un día que se puso muy triste; nadie más que yo. ¿Qué le había pasado?... Pues bien, sus párpados de rosa...—porque María los tenía así—aquellos párpados medio entornados, dejando entrever una rayita de ojo húmedo y brillante, aquella nubecilla azulada que parecía pasar por delante de un sol de azabache, era de tal efecto, daba tal expresión á aquel rostro de virgen, agobiada por infinita pena, que no comprendí entonces dolor más grande ni poesía más conmovedora... Pero yo también he visto vibrar aquellos párpados en una hora feliz, y aseguro que no hay primavera más hermosa que la que abrían aquellos ojillos nerviosos, móviles, con sus pestañas largas y combadas. Por allí entraba todo el sol de un día esplendente y salía convertido en chispas traviesas y locas; allí saltaban retozonas todas las alegrías, y á su influencia la dicha se forjaba y el ambiente parecía más cálido, y hasta se creía percibir lejano aroma de violetas...

¡Párpados de rosa!... ¡Guardadores de misterios infinitos, misterios que palpitan en el fondo de una mirada, que allá se pierde en la azulada esfera!... ¡Párpados de rosa!... Bella representación del sueño. El espíritu vagaroso de la noche roza con sus alas de tácito rumor, y los párpados se cierran dulcemente; el sueño se cierne sobre un alma dormida, y las increadas imaginaciones empiezan á bullir con su vida inverosímil. El silencio, esa bella figura que camina sin ruido, puesto el dedo índice en los labios, cuida por vosotros mientras guardáis el secreto de la noche. ¡Oh! ¡Qué poesía más deliciosa! Una vibrátil contracción, un quedo suspiro; en torno, soledad; más lejos el roce de las hojas que el viento mueve; todo esto envuelto en la noche que pasa, con sus estrellas que titilan, su blanca luna y sus nubes que se van deshaciendo... Algo flota en la atmósfera; pensamiento con alas, geniecillo invisible que se posa sobre los párpados de rosa y quiere averiguar el por qué de toda la luz que allí se oculta... ¡Quiet!... ¡Muy quiet!... Luego, por el Oriente, se anuncia la aurora; luego, toda la oscuridad se desvanece: *lux facta est*. El secreto se abre, cede el silencio, y las fantásticas creaciones que se alzaron piérdense con el primer rayo dorado.

Voy discuriendo con Tristán que esos párpados de rosa que le llevan la imaginación, son signo bello de algo que es muy profundo. Este mundo, para los pesimistas tan malo, y tan excelente para el doctor Panglóss, es un mundo lleno de pudores y misterios. Desde los dogmas religiosos que allá tras de lo sobrenatural se envuelven, hasta el secreto del niño, todo tiene su velo, todo tiene su pudor, todo se recata. La niebla de las altas cimas, la bruma de los grandes horizontes, la forma nebulosa con que se manifiesta todo lo que empieza á ser; la penumbra de que se rodea todo lo próximo á su fin; la idea tras de la extensión balbuciente, la muerte tras el vago rumor de ultratumba... ¡Oh! Aquí sí que los párpados son signo elocuente y misterioso de algo impenetrable. Ellos se cierran... ¿Para siempre? No; no puede ser. Siempre es vida, es una afirmación luminosa. Ellos se abrirán á otra luz y á otros horizontes.

Discuriendo con tristeza, me voy perdiendo también en imaginaciones hartamente transcendentales. Pero si las imaginaciones ocupan la existencia, ¿por qué no seguir con ellas? Sigamos. Decíamos ó hablábamos del misterio, del recato, del pudor, de lo que aparece velado y esto á propósito de los párpados de rosa. ¿Qué, está mal traído?... Este mundo que

se destaca con tanto relieve, con tanto detalle, con tanta realidad, es un mundo lleno de misterios encantadores; quitad esos misterios y figuráos un ojo fijo, clavado, sin párpados ni pestañas, que den sombra y expresión á esa mirada estampada, impertérrita, atroz. Eso es muy feo, ¿no es verdad? Pues todo lo contrario es bello; el ojo con párpados y pestañas, el mundo con misterios. ¡Oh! ¡Los del mundo; esas sombras tan bien dadas por la mano de Dios para que mejor resulte el efecto artístico de este gran lienzo en que se representan el espíritu y la materia, luchando siempre, y siempre unidos!... Esas penumbras, esas medias tintas, esas manchas negras... Todo eso mantiene la curiosidad del hombre, todo eso mantiene su constante anhelo, es su ideal; al otro lado de la sombra busca la luz, y cuando la encuentra quiere ver en ella motas, y las encuentra también.

Todo eso significan los párpados cuando se entornan, los párpados cuando se cierran, los párpados cuando se abren. Esos párpados de rosa que guardan el secreto de unos ojos abiertos á la luz de los primeros amores; esos párpados que se saben entornar con deleitación íntima, dando deliciosa expresión al rostro ruboroso, esos párpados encierran, tan delicados como son, toda la filosofía y toda la transcendentalidad que puede encerrarse en cosa humana. ¿No creéis en la filosofía de unos ojos? ¿Creéis que la filosofía es algo más que lo que vibra en la pupila de unos ojos de amor? Detenéos un momento ante esa mirada intensísima, encendida por el deseo y el misterio de lo desconocido, sumíos en ella, caldeáos, ensanchad vuestra alma al entreabrirse esos párpados, como el mundo se ensancha á la aparición de la aurora, recogedla cuando se entornan, como el mundo se adormila á la hora del véspero, y decidme después si no creéis, con Tristán, que la creación no es más que una mirada, y que la unidad de todo lo que es se encuentra bajo unas hojitas de rosa.

JAVIER MONTALVO.

LOS EGOÍSTAS

Arreglo del inglés por A. Ordax.

(Continuación.)

—Cierto, cierto, contestó el padre eminentemente práctico, encantado de este lenguaje.

—Esas preferencias infantiles, prosiguió Luisa, que son comunes á todos los jóvenes corazones, no han encontrado nunca en mi seno inocente asilo. Y gracias al celo de usted por mi educación, yo no he concebido jamás una creencia ni un temor de niño.

—Puedo asegurarte, en efecto, dijo Grad conmovido, que mi plan ha sido siempre educarte de modo que desde tus más tiernos años fueras tan vieja como yo. Logrando ya esto, la ligera desproporción que se podría advertir entre tu edad y la del Sr. Bun, está suficientemente compensada por la vigorosa constitución de tu espíritu. Y ahora vamos á comunicar á tu madre tu prudente resolución.

Bajaron, pues, á la sala donde esta estimable señora se hallaba extendida, según costumbre, sobre un canapé, mientras Marce trabajaba á su lado. Dió algunas señales de vida cuando vio entrar á su marido, y removiéndose con alguna dificultad, aquella sombra chinesca tomó la forma algo aquívoca de una mujer sentada.

—Tengo el honor, la dijo Grad, que había esperado con cierta impaciencia esta evolución, de presentar á usted la señora Bun.

Marce dirigió entonces á Luisa una mirada llena de piedad. Y á partir de este día, y por esta causa sin duda, Luisa se hizo altanera y fría con Marce.

XVII

Con la fausta noticia de su triunfo coincidió una primera desazón para Bun, causada por la necesidad de anunciar á la Ger su matrimonio. ¿Qué ha-

ría esta señora? ¿Se marcharía con la duquesa For? ¿Derramaría todas las lágrimas de sus ojos, ó le arrancaría los suyos? Bun se reconocía incapaz de prever las consecuencias de este suceso. Pero era urgente una resolución cualquiera, y después de haber escrito veinte borradores de cartas, decidió comunicar la noticia personalmente. Antes tuvo la precaución de comprar sal volátil, de una fuerza trastornadora, y exclamó:

—Si se desmaya, la despellejaré la nariz.

Procuraba así envalentonarse; pero no era su aspecto el de un héroe, ni mucho menos, y se presentó delante del objeto de sus preocupaciones como un perro que viniera directamente de la despena para acudir á la desentonada y enérgica voz de su amo.

—Buenas noches, Sr. Bun.

—Buenas noches, señora.

Y mientras aproximaba una silla á la chimenea. Bun dirigió una profunda mirada á la Ger, que aparentó estar engolfada en sus labores.

—Señora, dijo Bun metiendo las manos en los bolsillos del pantalón y oprimiendo con la derecha el frasco de la sal; tiene usted un talento de mil diablos, y procede de ilustre alcurnia.

—Señor... se limitó á exclamar la Ger con una ligera inclinación de cabeza, que aspiraba á ser de la más irreprochable elegancia.

—Pues bien, señora, va usted á asombrarse de lo que voy á decirle.

—¿Asombrarme?

—Sí, señora, va usted á asombrarse... Me caso con la hija de Grad.

—Y bien, señor, dijo la Ger con su voz más dulce: ¡le deseo toda clase de felicidades!

Pronunció estas últimas palabras en un tono de tal condescendencia y lástima á la vez, que Bun, mucho más desconcertado que si hubiera prorrumpido en los gritos precursores á un ataque furioso de nervios, cerró el frasco de la sal, que ya había previsoramente destapado, y se dijo:

—¡Diablo de mujer! ¿Quién hubiera podido pensar que tomaría la cuestión de este modo?

En seguida añadió:

—Temo, pues, que no pueda convenir á una señora de su rango continuar aquí...

—¡Ah, Dios mío! ¡No hay que ocuparse de eso!

La Ger sacudió la cabeza con su habitual aire de refinada distinción, y afectó una ligera tos (la tos de una mujer que tiene la conciencia de su fuerza y su magnanimidad).

—Pero en la banca hay habitaciones confortables, en donde la presencia de una señora de su rango sería considerada como una inesperada fortuna. Y si con el mismo sueldo...

—Gratificación, señor.

—Si con la misma gratificación quisiera usted aceptar ese puesto...

—¿Puedo aceptarle sin descender más bajo en la escala social? preguntó gravemente la Ger.

—Si fuera de otro modo, yo no haría esta proposición á una señora de tan egregia estirpe, contestó enfáticamente Bun.

—En este caso, acepto con la más sincera gratitud, y le deseo, señor, concluyó la Ger con una entonación muy marcada de piedad, que halle en esa niña la mujer que merece.

Nada pudo en lo sucesivo decidir á la Ger á abandonar su piadosa actitud frente á Bun, y en vano se esforzó éste en deshacer esta enojosa pasión reivindicando sus derechos de hombre dichoso con las más tempestuosas explosiones de felicidad conyugal. La Ger continuó siempre considerándole como una víctima, y cuanto más amable, solícita y risueña se mostraba con Bun, más tomaba éste el aspecto de un sér sacrificado, de un rigor de las desdichas, en suma.

A pesar de esto, Bun aceleraba cuanto podía la época de su matrimonio. Todas las tardes corría á casa de Grad y hacía sus declaraciones amorosas en varias formas de brazaletes y piedras ricas. El amor tomó así cada vez más un aspecto exclusivamente manufacturero. Se fabricaron trajes se fabrica-

ron joyas, y se fabricó un contrato de boda con abundante acompañamiento de hechos apropiados á las circunstancias.

Las horas se guardaron bien de marcar ninguna de esas gradaciones de color de rosa que el sentimiento hace ejecutar en semejantes casos; los relojes no anduvieron más ni menos de prisa que de ordinario, y á esta unión, santificada por la Iglesia, se la llamó sin el menor escrúpulo, y como á tantas otras de igual índole, *matrimonio*.

XVIII

Así como el humo era la atmósfera de Cok, su orquesta el ruido atronador de las máquinas, y su color el rojo negro de los ladrillos de sus muros, el trabajo incesante, el trabajo avaro, era el único empleo de la actividad humana en aquella triste ciudad.

Aquellos obreros, que aspiraban á comer perdices con cubierto de oro, según Bun, no tenían siquiera el tiempo indispensable para las expansiones de familia, y sus patronos decían que «estaban arruinados,» tan pronto como se hablaba de leyes sobre reducción de horas de trabajo, ó prohibición del de los niños.

No se extrañará, pues, que en una hermosa tarde de Mayo, á pesar de haberse permitido el sol brillar como nunca hasta para Cok, fueran muy raros los traseuntes, y se encontrase así sin admiradores una distinguida señora que, sentada junto al banco de la Banca-Bun, se disponía á tomar te con el aire de la más inefable satisfacción. Era nada menos que la Ger embelleciendo y suavizando con sus distinguidas maneras el aspecto vulgar de aquellos lugares consagrados á los negocios.

Un dependiente á las inmediatas órdenes de la Ger se presentó en la sala, y saludó levantando la mano á la altura de su frente.

—¿Está todo cerrado, Bizer?

—Todo, señora.

Bizer era aquel niño á quien oímos definir en la escuela el caballo, sin otra variación que algunos centímetros más de estatura.

—¿Y qué se dice de nuevo por ahí? ¿Qué hacen las gentes bajas de este pueblo?

—Lo de siempre, señora; se asocian y se animan á sostenerse los unos á los otros.

—Es deplorable, dijo la Ger, dando á su nariz una expresión de severidad inusitada, que los empresarios consientan semejantes asociaciones entre los obreros, y deberían no emplear á ninguno de los que figurasen en ellas.

—Ya lo han intentado, señora, pero no se ha conseguido nada.

—De cualquier modo hay que pensar en someter á esa muchedumbre de una vez para siempre.

—¿Tiene usted razón, dijo Bizer.

Y como era este el momento en que solía sostener una conversación de carácter íntimo con su señora, y había ya leído en su mirada que iba á preguntarle algo interesante, fingió colocar sobre el escritorio reglas, tinteros y otros objetos.

Al cabo de una breve pausa, la Ger preguntó:

—¿Tiene usted hoy mucha tarea?

—Así, así, baronesa.

De cuando en cuando Bizer solía deslizar un baronesa como homenaje involuntario á la dignidad personal de tan aristocrática señora.

—Los dependientes, prosiguió ésta con su característica afectación, ¿son todos exactos, asiduos.

—Sí, señora, fuera de la excepción habitual...

La Ger hizo una exclamación bastante prolongada, y Bizer continuó:

—El Sr. Grad, hijo, continúa haciendo gastos que de ningún modo podría sufragar si no fuera por su parentesco con la señora Bun.

—¡Ah! volvió á suspirar la Ger.

—Él es el que me da lástima, señora. Sabe usted bien á quién aludo al expresar este sentimiento.

—Lo sé demasiado, Bizer: hace tiempo que su ceguedad me inspira la más profunda compasión.

Desde un año que hacía que se casó Bun, no se

había visto, en efecto, libre de esta impertinente piedad.

Se habló todavía largo rato de este asunto, y luego de la imprudencia de los obreros que se casaban y tenían hijos que no podían mantener. Bizer se ofrecía como modelo de previsión: tenía ahorros, no daba á nadie un céntimo y no veía la necesidad de casarse y tener más cargas que la de su individuo, que le parecía suficiente. Pero todo acaba en este mundo, y acabó esta plática edificante por la brusca interrupción de un campanillazo.

Bizer salió á observar, y advirtió á la señora Ger que era un caballero muy elegante.

—No sé qué es lo que pueda querer á estas horas; pero, en fin... que éntre, murmuró la ilustre dama. Y subió á su habitación para arreglar algunos detalles de su tocado y presentarse con la mayor dignidad posible.

Entró el visitante; se acercó al balcón y empezó á examinar la calle con un aire tan descuidado, que ni siquiera notó la imponente entrada de la Ger.

Se observaba en él una fatiga indolente, que provenía en parte de un exceso de buen tono, porque á primera vista se veía que era un hombre formado á la última moda, hastiado de todo é indiferente á todo.

—Creo que desea usted hablarme.

—Perdón, señora, contestó él volviéndose.

—¡Hum! pensó la Ger; treinta y cinco años, buena fisonomía, buen talle, buen tono, gran distinción, mirada atrevida...

En su calidad de mujer, no necesitó para ver esto más que mirarle de lado, al hacerle una ligera inclinación por todo saludo.

—¿Quiere usted sentarse, señor?

—Gracias. He dejado al criado en la estación y he venido paseando. ¡Qué singular país! ¿Tiene siempre este mismo aspecto?

—Siempre, y generalmente mucho más negro que ahora.

—¡Es posible! Perdone usted mi indiscreción. Me parece que usted no es de aquí.

—No, ciertamente. Antes de enviudar he tenido la buena ó mala fortuna de vivir en una esfera muy distinta. Mi marido era un Powler.

—¿Familia Powler?

Fué la única respuesta que juzgó á propósito dar el desconocido á la declaración genealógica de la dama. Pero sus modales indolentes estaban suficientemente compensados por un cierto aire de fácil y amable galantería que no excluía el respeto. En seguida dijo:

—Señora, traigo una carta del Sr. Grad para el banquero Bun. Las bancas, prosiguió sonriendo, son desconfiadas.

La Ger reconoció á una simple mirada la letra, pero declaró que semejante garantía era inútil, y dió las señas de la casa Bun.

—Mil gracias, dijo el desconocido. ¿Hace mucho que trata usted al banquero?

—Más de diez años.

—¡Una eternidad! Y... se ha casado, creo, con la señorita Grad...

—Sí, dijo la Ger, sin poder reprimir una ligera contracción de labios.

—¡Terriblemente sabia y fría, según me han dicho!

La Ger sonrió.

—¿Y qué edad vendrá á tener? ¿Cuarenta años?

La Ger se echó á reír.

—Al contrario, es una niña; no tenía veinte el día que se casó, y se casó hace un año.

El visitante dió algunos pasos atrás como verdaderamente sorprendido, y dijo:

—Aseguro á usted, señora Powler, que nunca he recibido una sorpresa semejante. De tal modo me había hablado el padre de esa señora, que no podía prever hallarme sino con una mujer de una madurez adusta y gruñona.

—Pues no tiene nada de eso, replicó la Ger con un aire esta vez de muy particular intención.

El desconocido se despidió, y la Ger quedó su-

mergida en profundas meditaciones hasta la hora de comer. Pasó al fin á desempeñar esta importante tarea; pero deglutió con aire extraordinariamente distraído, y luego, como sintiendo necesidad de desahogo, exclamó:

—¡Oh, qué imbécil! ¡Qué imbécil eres!

No dijo á quién se dirigía este poco lisonjero epíteto; pero evidentemente no creemos que fuese al excelente trozo de *rosbeeff* que acababan de presentar en la mesa.

XIX

Grad había sido electo diputado por Cok, y entre sus amigos de Londres, todos hombres eminentemente prácticos como él, se encontraba Nir, parlamentario muy hábil, terrible estadístico, y muy indiferente sobre todo.

Tenía un hermano, que es con el que acabamos de trazar conocimiento en el capítulo anterior, y su hermano se le parecía en todo, excediéndole todavía en esa indiferencia de tan socorrido uso para toda clase de gentes egoístas.

Era, pues, un hombre incomparable para representar á Cok, y Grad le aconsejó un viaje á esta ciudad para que se hiciera conocer, mientras llegaba el período de la elección. Y he aquí á Mir aburrido ya y dejando á la respetable señora Powler para dirigirse á su hotel.

Una vez allí, remitió la carta de Grad á Bun, acompañando una tarjeta suya.

Bun fué en seguida á visitarle.

Encontró al forastero apoyado en el alféizar de su ventana, y con una fisonomía que expresaba un gran fastidio:

— Señor, soy Bun.

Fami se apresuró á declarar que su visita le causaba un placer extraordinario; todo revelaba su rostro menos eso...

—Cok, señor, dijo Bun, no se parece en nada á las ciudades que habrá usted frecuentado más asiduamente. ¿Ve usted ese humo? A usted le será tal vez desagradable; para nosotros es la vida. Si pertenece usted al partido de los que quieren obligarnos á hacer menos humo, no nos entenderemos.

El candidato para diputado á Cortes se apresuró á contestar:

—Participo por completo de sus opiniones sobre este asunto, y espero que diferiremos poco en la apreciación general de todos los restantes.

—Tanto mejor, porque es probable que le hayan á usted hablado también del trabajo de nuestras manufacturas. Pero en ninguna parte es tan confortable el interior de las fábricas, á menos de exigir que se alfombren con tapices de Persia; y en ninguna parte está mejor pagada la gente. Sólo que *los brazos* de esta ciudad, no tienen más que una idea fija, muy singular por cierto: quieren perdices con cubierto de oro. Y en ese punto es en el único que no estamos conformes.

Mir declaró que este resumen de la situación cokevillense le había instruido é interesado en el más alto grado. Y correspondiendo á esta galantería, Bun declaró que á él también le interesaba ya desde este momento la elección de un representante tan digno de Cok.

—Pero no extrañe usted, añadió, que le trate tan de igual á igual, porque aunque yo no soy más que un granuja salido de la hez del pueblo, puedo levantar mi cabeza á la altura de cualquier otro, por haber mantenido mi independencia hasta el punto que podrá usted apreciar cuando conozca el estado de mis intereses y la manera como he llegado á conquistarlos.

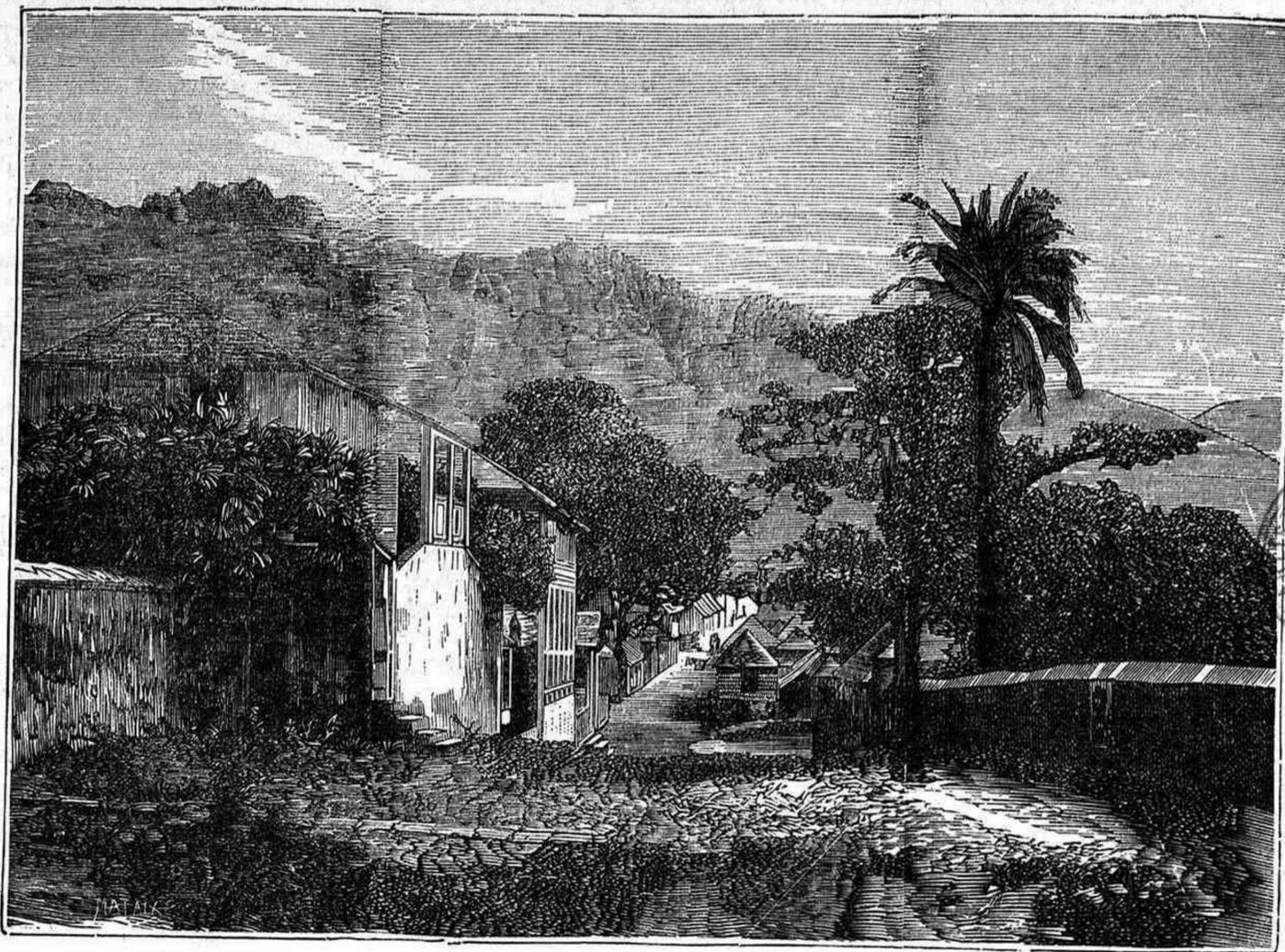
El tipo de Bun excitó ahora la curiosidad de Mir, en el grado que esto era posible, tratándose de un espíritu tan poco á propósito para perseverar en nada, menos en el aburrimiento.

Bun estrechó la mano á Mir con la llaneza que había pretendido justificar, y concluyó:

—Supongo que sabrá usted que soy yerno de Grad. Si no tiene usted nada que hacer ahora y quiere acompañarme, le presentaré á mi mujer.

Aceptó Mir, y salieron.

(Continuará.)



POSESIONES INGLESAS EN AMÉRICA. — VISTA DE ROSEAU, CAPITAL DE LA DOMINICA

A un noble prostituido.

SONETO

Ni el crédito te abona, ni el dinero
para lucir en la fastuosa corte,
aunque á tu vanidad poco le importe,
siendo en industria y cuna caballero.

Del nombre de tus padres heredero,
no lo fuiste con honra de su porte,
que hoy de tu corazón sólo es el norte
la ley del jugador y del fullero.

¡Esclavo pertinaz! Mortal demencia
en tu propia altivez engendra el vicio;
pues al volar sin rumbo ni conciencia,
entre galas y amor, al precipicio,
no temes ser jirón de la indigencia
en el rudo camastro de un hospicio.

J. GUILLÉN BUZARÁN.

Madrid 31 de Octubre de 1886.

La novela contemporánea.

(APUNTES)

(Conclusión.)

¿Y los límites de la moral? preguntaréis.

A mí me han conquistado los que dicen que el buen gusto es el sentido moral en el terreno de arte.

¿Y la delectación indecorosa? seguiréis preguntando ¿y la bellísima y artística representación del mal?

Distingamos. Lo indecoroso será siempre de mal gusto. Y como lo malo es en el arte lo feo y lo tonto, ya veis que lo tonto, lo feo y lo indecoroso han de ser cosa inmoral, abominable, condenada.

Sobre todo, no han de ser cosa artística.

En tésis general, se ha lanzado una acusación injusta sobre la novela: se ha dicho que todas las novelas son inmorales y se las ha excomulgado en nombre de la familia, como si no tuviera

la familia su cantor, su partidario, su caballero en el gran novelista de nuestros días, en las obras de Dickens.

Si se quisiera encontrar el origen de la novela en aquellas fábulas milesias corrompidas, en la Sibarítida indecente, en los cuadros miserables de la vida de Nerón; si se recordaran los cuentos de Boccaccio, las novelas españolas de doña María de Zayas, autorizadas y consentidas por la autoridad eclesiástica, los cuentos de un período anterior cualquiera, comparándolos con la novela francesa más perdida de esta época, se notaría la diferencia ventajosa para *lo rojo y lo negro*, por ejemplo, al lado de la narración más disimulada del novelista italiano ó de la descripción más limpia de Petronio.

Es verdad que desconsuela aquella afirmación, mantenida por tantas novelas francesas, definiendo el amor como un fluido nervioso que usan los hombres en el cerebro y las mujeres en el corazón, y que se haga depender el mal ó el bien de una cuestión de temperamento; pero estas lucubraciones de filosofía materialista y sensual no son nuevas, no las trae la novela: las ha despertado el movimiento filosófico, el desarrollo de las ciencias naturales, la lucha, la controversia; y la mejor condenación para extravíos semejantes, es el examen de la crítica, su influencia, las direcciones que señale, y, sobre todo, los esfuerzos que pueda dedicar para que por la misma novela se corrijan ciertas propagandas que sólo asustan á los pobres de espíritu, porque los otros ya saben que no han de tener éxito definitivo jamás.

No sé si la idea del lucro mueve á los novelistas inmortales, no lo creo: mas si tal interés les alentara, no merecerían el nombre común, no serían artistas, sino mercaderes; no habría belleza, sino maldad. Pero entiendo que son influidos por la sociedad en que viven, y que al tomar de la realidad los conflictos novelescos, los toman con sus groserías, sus fealdades, sus imperfecciones y sus impurezas. Pues bien: si esta lucha de afectos, si estos conflictos de la inteligencia y este juego de las pasiones no tuviera en su misma belleza algo que toca al suelo, que reviste los caracteres de contingente, pequeño, repulsivo, ¿sería humano?

Al inquirir la realidad bella, no se quiere decir que debemos buscar con lentes de poderoso alcance una parte de la realidad que existe bella y pura, sino que debemos hacer que borren lo feo los velos de la amargura, levantando á su expresión típica, libre, perfecta, la naturaleza, la realidad.

Sin duda es censurable cierta delectación en algunas novelas, el éxtasis que en ocasiones adormece al novelista con sueños felices en aquellos instantes en que suele hacer crisis la pasión en el amor, ó finge la duda más licencia en el pensamiento. ¿Y se han de condenar por esto las reproducciones del natural, las esculturas griegas, la pintura al desnudo, las bellezas superiores de las artes del diseño?

Boccaccio tiene un cuento que se llama *El agujero del diablo*. Condena el ascetismo, porque lo cree contrario á las leyes de la naturaleza, con un ejemplo de lascivia; y si escribe novela, no podía condenar lo que se propuso con razones de filosofía, sino con ejemplos de verosimilitud.

En la escultura de una mujer hermosa, lo más bello, indudablemente, es la mano caída, la actitud honesta, el velo del pudor, la perfección acabada de línea y del contorno.

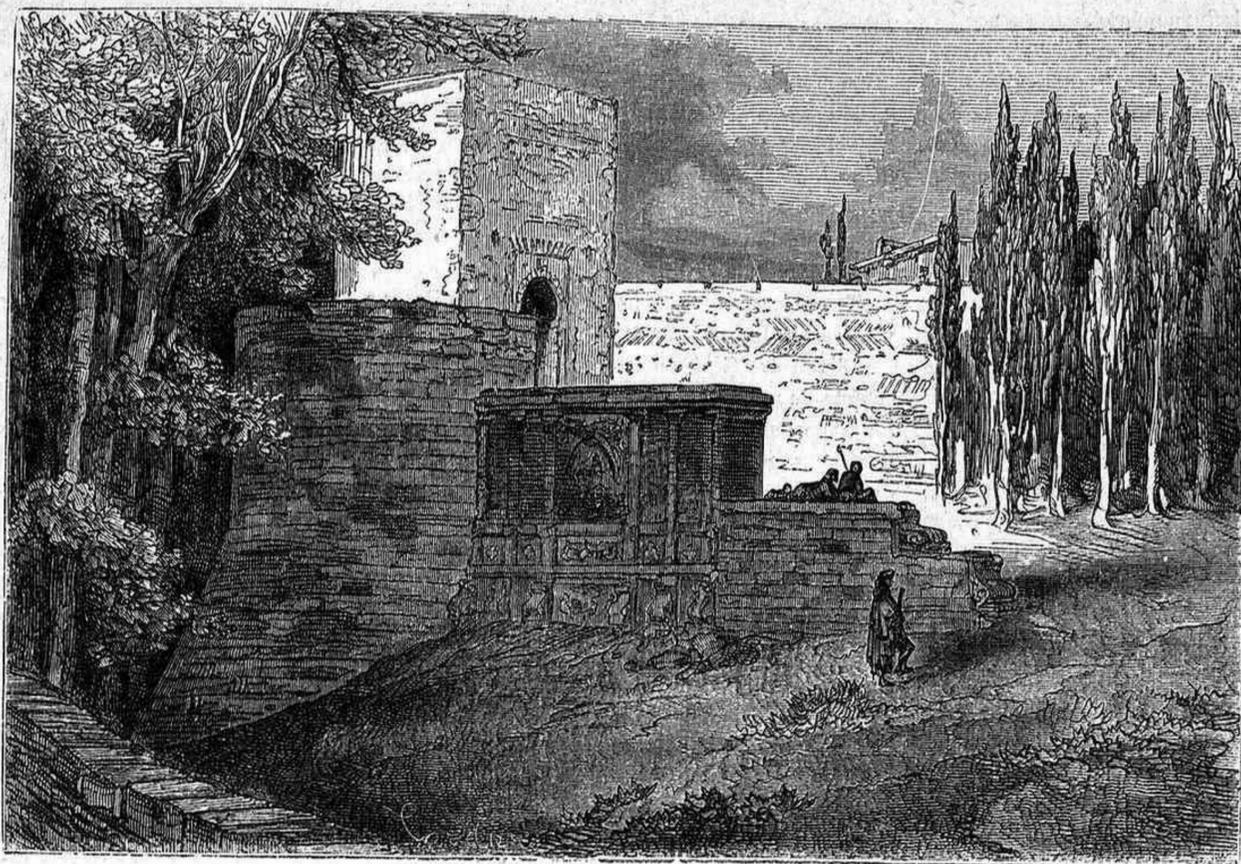
Porque la línea curva es la línea tentadora, se ha dicho que es la línea de la belleza. Pues los griegos sostenían que la hermosura más perfecta es la del hombre..., y el hombre es el animal de las líneas rectas.

Ahora bien, siendo la perfección belleza, no sé de nada más inmoral que la hoja de parra. Nada se sabe, todo se oculta; allí precisamente está la inmoralidad. El arte que se ve no es arte, es artificio por medio del cual se pretende ocultar la ponzoña, diciendo: «Aquí está.»

Esos proverbios, esas novelas de salón, esa moral de estufa delicada y enfermiza, tiende estos velos y esparce estas hojas de que estamos llenos en nuestras preocupaciones, y que son origen de la pretensión que prohíbe estudiar en la voluntad y en las intenciones el fin de todos los actos del hombre.

El escritor que se proponga hacer el mal, hará las obras reflexivas, no las hará espontáneas. El escritor que se proponga hacer el bien, hará siempre obras morales.

H
veli
muj
pasé
pasé
époc
mag
L
el d
vas,
las r
fens
atre
za. I
con
y de
lles
peza
por
E
de o
tas e
en la
aliqu
de u
encr
llega
M
ra al
mañ
vidal
decir
baile
La
tista,
to co
otro
que a
no se
habla
carla
téril
De
esper
hora
los re
Es



GRANADA.—LA PUERTA DEL JUICIO, EN LA ALHAMBRA



Hoy no es posible, ha dicho Valera, que los novelistas ejerzan influencia tan decisiva entre las mujeres, porque viven más en el mundo, porque pasean, se distraen, bailan, tienen amigos, y ha pasado el tiempo de los Amadises, y ha pasado la época del romanticismo que alimentaba los estómagos espirituales con vinagre y ceniza.

Las grandes fiestas, los trajes *al natural*, el *puff*, el descote, la ostentación de las formas provocativas, han descolgado aquella venda que llevaban las mujeres, y que al cerrarles los ojos para su defensa, le destapaban los oídos para darlos al más atrevido y entregar el alma al de menos vergüenza. La sociedad de nuestros días da mejores armas con el cálculo y las templea mejor con el egoísmo; y de alguien sé que cruzando muchos años las calles de la villa en las horas del peligro, no ha tropezado todavía con ningún seductor descolgando por los balcones á las vírgenes desesperadas.

Estas cosas no se hacen ahora, ó si se hacen será de otra manera. No son las mujeres las más tontas en los tiempos que alcanzamos, y ¡quién sabe si en las primeras horas de la mañana tropezaréis *aliquando* con bella enlutada, sola y mártir, al pie de un carruaje ó á la salida de una calle con más enrucijadas para la tentación que caminos para llegar al cielo!

Mujer á quien yo quisiera y sobre la cual tuviera algún ascendiente, no iría sola á rezar por la mañana... ¡jamás, jamás... aunque me costase la vida! Esto no lo ha dicho Goethe; pero lo ha podido decir con las mismas palabras que maldecía del baile.

La moral debe inspirar al escritor como al artista, pero sin limitar los vuelos de su pensamiento con perjuicio de la belleza artística, porque en otro caso no sería moral. Que resulte de la obra, que aparezca espontánea, que no se pregone, que no se hab e de ella; que más moral es en el mundo hablar poco de la moral guardándola para practicarla, que no pregonarla y esparcirla para que estérilmente se evapore.

De los despreocupados por irreflexión, se puede esperar algo bueno. De los arrepentidos á última hora y en los últimos años, me fio por cortesía y los respeto por deber de buena crianza.

Es necesario maldecir algo.

Maldigámos, pues, la defensa del suicidio, los horrores del divorcio, la legitimidad de las pasiones, toda esa *maquinaria* (que de alguna manera la he de llamar) y ante la cual el hombre de seso sale de su asiento, la niña inocente se extravía, llora el dómine, se estremece el predicador y se desespera el crítico.

El divorcio... ¡la llaga de la sociedad!

El suicidio... ¡horrible! No hay otro remedio que la conformidad cristiana; predicarla es triunfar del suicida.

La pasión, como deber, como norma de conducta... cuando nada hay más mudable que la pasión... ¡Espantoso!

La sociedad responsable de los extravíos del hombre y de las faltas del individuo... Eugenio Sué... ¡Abominable!

¡Malditos, malditos sean!

Es cuestión de temperamento quizá.

Pero cuando esa voz de la corriente, ese anatema del número se lanza en un sentido, ó se opone á una tendencia, tendrá ella algo bueno, me digo, cuando tantos la persiguen, como pienso que cuando una autoridad manda mucho y muchos la obedecen, mala por fuerza ha de ser cuando á tantos da miedo y les hace renunciar criterio y juicio propios.

Necesito hacer una declaración.

Hablo de las pasiones, del divorcio, del suicidio, como asuntos de la novela, no como enfermedades del cuerpo social.

La obediencia ciega, como la fe ciega, como todo lo que no es resultado de alguna convicción y necesidad, se niega en la primera rebeldía y se pierde en la primera duda.

¿Y quién en el fondo de su alma, en los pliegues de su corazón, donde se guardan las primeras enseñanzas, los primeros afectos, las primeras creencias, no ha sufrido estremecimientos dominados sin duda por un arranque de la voluntad, pero dominados pasajeramente?

Tan cierto es esto, que las religiones aconsejan la oración contra la duda.

En estos impulsos irresistibles de la duda se fundan aquellos que hacen la pasión de derecho divino, y, como Sué, la santifican diciendo por boca de un cura que el hombre ha nacido para ser feliz;

como George Sand, que le da carácter de goce ó de castigo, al que no puede renunciarse; como Dumas, que la define: «Algo que se ha dado al hombre y de lo cual se le ha de pedir cuentas si no lo emplea bien»

Desperta l, añade un crítico famoso, estos afanes en nuestro pueblo de España, esta dicha que no ha de lograr, porque no es de este mundo, y le mantendréis de odios y de envidias.

Pero el crítico no sabía lo que le voy á contar. Tengo un amigo que es de un país donde jamás se conocieron libros de Sué, de Dumas ni de Sand mas que por contadas personalidades que de estudiantes los compraron y después los guardan con permiso del Gobernador eclesiástico, bajo siete cerrojos. Allí ha sucedido que en todas las revoluciones y pronunciamientos las gentes sencillas han mezclado siempre, al grito de: *¡muera el Gobierno!* el grito de: *¡muera los ricos!* Y malditos si pensaron ellos en nombre de quién se hacía la revolución.

El novelista no enseña esto; lo traduce. No sé yo si lo cree, pero marca la dirección y muestra la llaga para que otros la remedien.

¿No estudiáis los problemas sociales en las ciencias políticas? Pues estudiadlos también como os los presenta la literatura.

¿Que se defiende el divorcio? Es como si se dijera que se acaba el mundo. Base y fundamento el matrimonio de la familia, base la familia de la sociedad, cómo los arrebatos de las imaginaciones acaloradas han de ser más fuertes que esta fortísima institución en que descansa la vida entera de la humanidad? Pero realmente lo que se ataca es la obligación de sentir siempre *en una misma dirección*. Y esto no lo defendemos tampoco los enemigos del divorcio, porque nos contentamos con mantener la obligación de *no faltar*. Y afirmando más la necesidad del matrimonio, pregunto yo: ¿Estáis seguros que, dentro de él, esa obligación de sentir constantemente en la misma dirección la practican todos? Más que contra el matrimonio se ha dicho contra la mujer. ¿Y qué? Que sigue pareciéndonos á todos, sin excepción, lo más perfecto, lo más acabado, lo mejor, lo sublime, lo celestial, la sola flor en el desierto de la vida, la única gota de agua dulce en este mar de lágrimas amargas.

En las épocas de crisis se dice que influye más la literatura, y es cierto; influye más la oratoria por la propaganda. La novela ha pasado pocas veces de obra de entretenimiento á obra de más trascendencia. Los sectarios han hecho novelas alguna vez; pero no han surgido nunca de su lectura. Más consiguieron, para ciertos cambios en las leyes y en las sociedades, los oradores de club que los novelistas de primer orden. Quizá han falseado la historia, quizá han intentado falsear la política; pero esto no lo han conseguido.

Se dice que la novela se entrega á todo género de audacias, y que sólo le falta hablar. ¡Pues le falta todo!

Voy al asunto del suicidio.

Todavía se discute, todavía se clama en dos sentidos, no para explicar ó reprimir el suicidio, sino para perdonar ó castigar al suicida.

El último escolar de la ciencia jurídica no se ocuparía de semejante cosa. El delito del suicida tiene una sanción natural. ¿Qué le vais á hacer después de muerto al infeliz que se mató? Enterrarlo; yo no veo otro castigo.

Recientemente ha querido negársele sepultura; no hace mucho se le llamó cobarde. ¡Cobarde! Creo que lo he dicho en otra ocasión, pero lo repito ahora. Cobarde, cuando reúne la fuerza más poderosa al impulso más firme, al instinto de la conservación.

Jorge Sand explica el suicidio en *Lelia* por la duda, y hace decir al suicida: «He pecado: la justicia me castigaría, pero la misericordia me perdonará. Si no hay justicia ni misericordia, yo solo soy dueño de mí mismo y puedo arrasar mi cuerpo y mi espíritu, el templo y el ídolo.»

Antonny no cree en la vida como prueba, sino como casualidad; es una lotería para él, y como jugador puede dejarla cuando quiera.

Federico Soulié entiende que contra la pobreza y el remordimiento, el suicidio es la única defensa, sobre todo contra el remordimiento.

Verdad es que puede oponerse contra estas dudas una fe, contra este escepticismo una esperanza, contra estos dolores algún consuelo; pero no será el de recordar constantemente que esta vida es un valle de lágrimas, que los goces son pecados, que los sacrificios son virtud y las privaciones méritos, porque con tales máximas precipitaréis la desesperación del vacilante y el descreído.

La misma definición de la otra vida, *suma de todo bien*, y de esta presente, *suma de todo mal*, tormento que ha de mirarse como prueba, lleva al suicidio por la calle más corta, y hace al justo esperar tranquilo la hora de su muerte, deseársela, bendecirla, ser moralmente un suicida, más cobarde, iba á decir más hipócrita, porque no quiere matarse, sino que le maten.

Las evoluciones del pensamiento han hecho vacilar los antiguos ideales; se busca la verdad por otros caminos, y si es posible que el hombre la alcance, dependiendo el éxito de su esfuerzo, la alcanzará con toda evidencia.

Entretanto, si la novela tuerce á los buenos y debilita la fortaleza femenina, no les deis novelas que leer, pero no les deis tampoco otra clase de libros.

¿Sabéis cuáles se han de prohibir?

Con nuestro criterio, muy pocos. Los indecorosos, los feos y los tontos.

Con el otro juicio, casi todos. Los libros de la Biblia, los libros de los médicos, de los santos, de los confesores... ¡ah! los Manuales de higiene y el *Camino seguro para la vida eterna*.

Los que más falta nos hacen.

CONRADO SOLSONA.

ESPECTACULOS

¡Oh sorpresa!

El empresario del Teatro Real, como si hubiese leído nuestras excitaciones de números anteriores (que no ha leído seguramente), lanza este suelto á

La Correspondencia de España...; ó por mejor decir, *La Correspondencia de España* publica el siguiente suelto:

«Se han repartido en el Teatro Real los papeles de una nueva ópera del maestro español Sr. Giró, titulada *El Renegado*, cuya obra alcanzó en Barcelona un éxito inmenso hace dos años, cuando se cantó, teniendo que repetirse muchos de sus números, y saliendo su autor infinidad de veces á escena.

»Toman parte en esta partitura la señora Pasqua y otros renombrados artistas.

»El maestro Giró, que reside en París, siendo organista de una de aquellas principales iglesias, es un joven modesto y de talento artístico poco común, y seguramente alcanzará un triunfo el día que *El Renegado* se ponga en escena en el Teatro Real.»

¡Y ojalá que yo pudiera atribuir el suelto á la Empresa ó á cualquiera menos á los redactores del citado periódico, de los cuales sé que escriben bien, tal como mandan Dios y Cheste, sin los disparates que este suelto encierra.

Pero esto es *peccata minuta*. Vamos á lo que importa.

En primer lugar, sea enhorabuena (hablo con el público). Va á ser cantada en Madrid una ópera original de un maestro español. (Tal es mi gozo, que lo estoy escribiendo y aún lo dudo.)

Al maestro Giró no le doy la enhorabuena más que á medias; luego diré por qué.

Antes quiero rectificar algunas cosillas del suelto en cuestión, por si acaso estuviesen escritas con segunda intención.

Que ha gustado extraordinariamente en Barcelona...

Bueno; eso, sin ofender á los barceloneses, no significa gran cosa; pero puede pasar, porque *hay que ayudarse*. Lo que no puede pasar como recomendación de la música, es que su autor es modesto.

Al público le tiene sin cuidado que Verdi sea un ángel de Dios, ó que sea más soberbio que Felipe II. ¿A que no es el maestro Giró tan modesto como el maestro Valverde?...

Esa bellísima condición no la tiene para nada en cuenta el público que juzga en el estreno: si acaso podrá ser tenida en cuenta por las Empresas y por los maestros empingorotados; unos y otras muy amigos de los jóvenes modestos en todas sus aspiraciones.

Ahora, amigo Giró (y perdone usted la familiaridad, puesto que á la postre resultará usted más amigo mío que de la Empresa), voy á explicar á usted por qué no le doy más que media enhorabuena.

Cantarán su ópera *El Renegado*, gustará, obtendrá usted la fama correspondiente, y nada más.

Es decir, nada ó muy poco del provecho que corresponde.

Si consigue usted que la pongan en escena regularmente y que no la ejecuten como afeitaron al pobre del cuento, podrá usted darse por muy satisfecho.

Y nada más.

Después de cantarla unas cuantas noches, la Empresa sentirá la nostalgia de la *Traviata*, y zambullirá la obra de usted en el Letheo.

Esa triste suerte ha cabido á *Gulduara*, de Brull; á *Roger de Flor* y *La hija de Jepté*, de Chapí; á *Mitridates*, de Serrano; á *El príncipe de Diana*, de Fernández Grajal, ejecutadas, la mayor parte, en el Real, y aún más dichosas con eso que *Los amantes de Teruel*, de Tomás Bretón, á la cual están dando silencioso garrote los académicos.

Que ya sabe usted quiénes son...

Conque, señora Empresa, no me venga usted á mí con estímulos y apetitos, que estoy bien enterado y la gana de hablar me retoza por todo el cuerpo.

En la Princesa, *Vivir en grande*, comedia en tres actos de D. Miguel Echegaray. Tiene el mismo corte que las anteriores de este aplaudido autor, y ha obtenido un éxito tan merecido como satisfactorio.

En el Círculo Artístico Literario, un espectáculo lamentable.

Aquellos empresarios que, previamente consultados respecto de la suspensión por un día, dijeron que sí, han dicho ahora con la misma boca bonita que no.

Autores y empresarios no pueden vivir juntos: es la lucha eterna entre el capital y el trabajo; en cuanto el trabajo hace cosquillas al capital... recuerden ustedes la entrada de Don Quijote y Sancho en Barcelona, y lo de los manojos de aliagas.

CANTA CLARO.

RIMAS

El bosque... triste; su campaña, muerta,
sin aromas, sin luz.
¡Se parece á mi alma cuando pienso
en mi delirio, que me faltas tú!...

En vano acudo al cielo. Ni aun el cielo
quiere calmar mi horrible agitación.
¡Cómo extrañar que ciega me abandones,
si me abandona Dios!

El tiempo es infinito y el espacio
infinito también.
Más grande que los dos es mi cariño.
¡mira si te querré!

J. DÍAZ MACÍAS.

BIBLIOGRAFÍA

El conocido escritor Sr. Serrano Alcázar acaba de dar á la estampa un libro con el título de *Política y Literatura*.

Estudia las diferentes formas de gobierno, tan controvertidas en nuestros días por los diversos partidos políticos de nuestra patria; en la segunda sección se ocupa de varios asuntos, y termina con una lindísima narración con el epígrafe de *Artículo castellano*, que agrada seguramente á los lectores de este interesante libro.

Esta obra es digna del inspirado autor de *Poesías*, *Últimos cantos*, *Hojas veraniegas*, y otras que tanto enaltecen el buen nombre que tiene adquirido el Sr. Serrano Alcázar en la república de las letras.

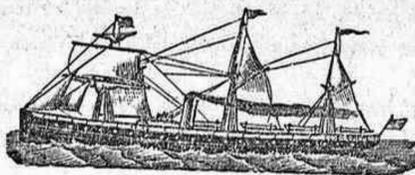
DESCUBIERTA, POR D. JUAN L. LAPOULIDE

Es un título modesto el de este pequeño libro, impreso, por cierto, con mucho gusto. El autor dice que al intentar un avance en el terreno literario, cree deber mandar una descubierta que reconozca el campo, según precepto de táctica militar, y de ahí el epígrafe que figura en la portada. Pero siguiendo nosotros el simil; cúmplenos declarar que, á juzgar por los vélites, por todo extremos gallardos, ágiles y vigorosos, esperamos ver en los triarios, cuando lleguen al lugar del combate, gentes de tal apostura, de tan varonil entereza y belleza tanta, que la victoria no acierte á disputarles un momento la palma y el laurel.

El Sr. Lapoulide es un escritor, y como tal se revela. *Primera línea* se titulará su libro, que anuncia ya, y en el cual, no dudamos en asegurarlo, afirmará la reputación conquistada con las preciosas narraciones que forman la *Descubierta*.

ANUNCIOS

Servicios de la Compañía



Trasatlántica de Barcelona.

VAPORES-CORREOS A PUERTO-RICO Y HABANA

Con escalas y extension á Las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacifico

Salidas trimensuales: de Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes, para Las Palmas, Puerto-Rico y Habana.

Santander, el 20, y Coruña, el 21, para Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30, para Puerto-Rico, con extension á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extension á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y Puertos del Pacifico, hácia Norte y Sur del Istmo.

VIAJES DEL MES DE FEBRERO

El 10, de Cádiz, el vapor **Veracruz**; el 20, de Santander, el vapor **España**; y el 30, de Cádiz, el vapor **Ciudad de Cádiz**.

VAPORES-CORREOS A MANILA

Con escalas en Port-Said, Aden y Singapoore, y servicio á Iloilo y Cebú.

Salidas mensuales: de Liverpool, el 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

El vapor **Isa de Pansy** saldrá de Barcelona el 1.º de Marzo próximo.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes, en **Barcelona**, la *Compañía Trasatlántica*, y Sres. Ripoll y C.ª, plaza Palacio.—**Cádiz**, Delegacion de la *Compañía Trasatlántica*.—**Madrid**, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.—**Liverpool**, Sres. Larrinaga y C.ª.—**Santander**, Angel B. Perez y C.ª.—**Coruña**, D. E. da Guarda.—**Vigo**, D. R. Carreras Irigorri.—**Cartagena**, Bosch hermanos.—**Valencia**, Dart y C.ª.—**Manila**, Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

A. Romero A.

Capellanes, 10.

Gran almacén de música, pianos, órganos y demás instrumentos de salón. Salón de conciertos. Obras musicales en todos los ramos del arte.

Pianos de las más renombradas fábricas de Europa. Único depósito en España de los célebres *Steinweg*, inmejorables por su sonoridad y resistencia.

Se remite gratis el catálogo ilustrado.

MADRID

MANUAL

DE

FORTIFICACIÓN DE CAMPAÑA

POR EL TENIENTE GENERAL BRIALMONT

Traducido por D. Emilio Bonelli.

Obra de gran utilidad, ilustrada con 213 figuras y 6 láminas intercaladas.

Se vende en la Administración de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL, al precio de **5 pesetas**.

Tomando 10 ejemplares, se hace una rebaja del 20 por 100, y el pago á plazos con garantía de los Cuerpos.

HORA FIJA

Por **2,50 pesetas semanales** relojes de todas clases. Se hacen composuras garantizadas.

Gran relojería de J. G. Herreros.

43, CONCEPCION JERÓNIMA, 43

MADRID

COMPAÑIA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES. GRAN MEDALLA DE ORO

Y LA CRUZ DE LA LEGION DE HONOR PARA SU DIRECTOR

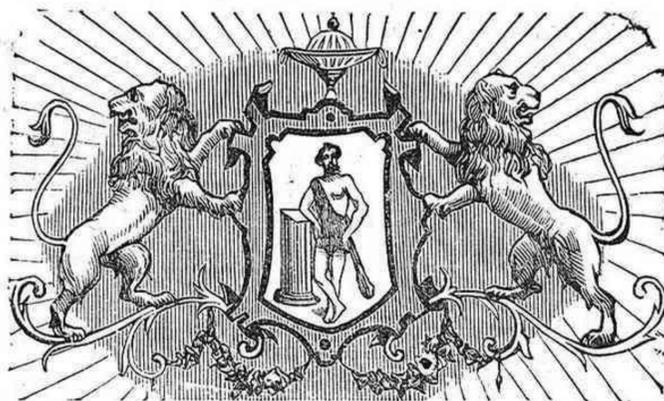
En la Exposición de París de 1889.

CHOCOLATES SUPERIORES

ACREDITADOS CAFÉS

BOMBONES DE CREMA Y PRALINÉ

Depósito general: MAYOR, 18 y 20.—Sucursal, MONTERA, 8, Madrid.



EL NON PLUS ULTRA

DE LOS JABONES DE TOCADOR

FABRICADO ESPECIALMENTE POR L. ECKELAERS, DE BRUXELAS

PARA LA PERFUMERIA FRERA

CARMEN, 1, MADRID

CASA ESPECIAL EN BLANCOS Y TINTES

LA AMUEBLADORA

Cuantos muebles sean necesarios para amueblar habitaciones, ya sean modestas ó de lujo, se encontrarán en esta casa, sillas mecedoras de Viena y de nuestra fábrica, á precios módicos. Exportación á provincias. Catálogos gratis.

A LOS IMPRESORES

En la imprenta de este periódico es halla de venta una máquina nueva del reputado constructor **M. Alauzet**. La platina de la expresada máquina mide 85 centímetros de largo, por 65 centímetros de ancho.

También se vende una prensa, en muy buen estado, del renombrado constructor **M. Gaveaux**.

Ambas máquina y prensa, juntas ó separadas, se venderán en las más ventajosas condiciones. Para detalles, pormenores y contrato, dirigirse, bien por carta ó personalmente, á D. Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 duplicado, imprenta.

DEPÓSITO DE MUEBLES

4, Isabel la Católica, 4.

Inmenso surtido á precios módicos; mecedoras, sillas de Viena y de nuestra fábrica: hay una existencia de 4.000, desde veinte reales. Facilidades para el pago. Exportación á provincias. Catálogos gratis.

Negro firme. **IMPERMEABLES** No cambian de color.

N. LEJEUNE ET C.ª, PARÍS

Nuestros impermeables se recomiendan por su fabricación y por la superioridad del tejido. Recordamos á los señores Jefes y Oficiales que tenemos á su disposición, como el año pasado, muestras que pueden pedir por correspondencia, y que tendremos sumo gusto en mandarlas, así como los precios.

N. Lejeune et C.ª, 30, rue de l'Echiquier.

PARÍS



IMPERMEABLES INGLESSES

Marca «Gallo.»

Especialidad en *Capotes impermeables*, forma reglamentaria para los señores Oficiales y Jefes del Ejército. Precio: capote impermeable con valona y capucha de los llamados de seda, 72 pesetas.

Para facilitar á los cuerpos militares la adquisición de nuestros impermeables, de excelente calidad, les ofrecemos la ventaja del pago en tres plazos, á 24 pesetas cada uno. Remitimos muestras del tejido á quien lo desee.

Luis Vives y Compañía.

CALLE DE FERNANDO, 20, BARCELONA

SOBRE CUBIERTA

Pasó el Carnaval.
 Ya no se ve sino caras de viernes en todas partes.
 Empieza el período de los ayunos y la penitencia.
 Para sinnúmero de españoles, más ó menos católicos, empezó el período del ayuno hace algunos años.
 Los prodigios de Tanner, Succi y Merlatti son niñerías, comparados con los prodigios que realizan en nuestro país millares de personas, de quienes no se sabe cómo viven ni comen.
 Este es un país de Merlattis modestos que huyen de la exhibición y ayunan en secreto.
 Aquí tenemos de todo ejemplares curiosos: un vecino de Granada, para desautorizar á los ayunadores célebres, declaraba, días pasados, que había vivido doce años sin probar bocado, y aun sin decir «esta boca es mía.»
 Recordarán ustedes que un malagueño ofrecía hace año y medio, próximamente, un producto de su invención, de reconocida utilidad general, y particularmente para las familias pobres.
 Mediante el envío de un sello de diez céntimos de peseta, remitía el inventor polvos para hacer sardinas.
 Adelanto inverosímil para el vulgo, pero explicable para la ciencia, como la doble vista de las sonámbulas y la adivinación de los profesores *ilusionistas*.
 Aunque la credulidad del vulgo haya venido á menos, nunca faltan hombres de buena voluntad (ó sea naturalmente brutos) que, allí donde ven una manifestación del progreso, pero inverosímil, acuden con su óbolo.
 El inventor de las sardinas recibió sinnúmero de cartas pidiéndole los polvos creadores de sardinas.
 Estos ejemplares que poseemos nos enorgullecen.
 ¿Se trata de artistas eminentes? La Patti es nuestra, esto es, con restricciones; Gayarre es español, y así sucesivamente.

¿Se habla de diplomáticos notables? Podemos contar con media docena, por lo menos, y de presa.
 ¿Se citan los nombres de sujetos guapos? Ahí está el Bizco del Borge, que puede figurar entre los primeros.
 Tenemos de todo: desde hombres de Estado honesto, hasta chicos matadores de toros.
 Así es que un Merlatti no podría lucirse en esta tierra, en la que cualquiera criatura de menor edad se pasa á turno par treinta y seis horas de Merlatti.
 La Cuaresma es precisamente la temporada de ayunos y abstinencias.
 Varias familias que viven en equilibrio insostenible, aprovechan las semanas de Cuaresma para introducir economías en la manutención, con las cuales puedan resarcirse de los despilfarros del resto del año.
 Observen ustedes que durante las siete semanas de Cuaresma algunas muchachas se vuelven espirituales y románticas.
 Varios jóvenes estudiantes pierden de su peso fracciones no despreciables, merced á la religiosa alimentación que les proporcionan sus patronas.
 —Nunca me perdonaría, decía una del gremio, si alguno de mis pupilos se excediese en esta temporada de mortificaciones. En la calle hagan y coman cuanto gusten; pero en mi casa no han de ofrecérseles *bisteques* irreverentes ni chuletas impías.
 En las reuniones observarán ustedes la facilidad y la pertinacia de algunos concurrentes, en bostezar.
 ¡La causa es la alimentación insuficiente!
 Empieza la dictadura del bacalao, en las casas de pocos recursos.
 Los coros de lentejas y de judías, los concertantes de arroz con patatas, y aumenta el consumo de agua para favorecer las digestiones.
 Oirán usted les repetir diariamente á sinnúmero de personas:
 —Con estas comidas de viernes está uno (ó una) echado á perder.

En los restaurants al alcance de las gentes modestas, los platos del día varían entre las sardinas de *Enantes* y el bacalao á la vizcaína, algo de merluza en disolución y abundancia de vegetales.
 De cuando en cuando se lee en el *menú*:
Asperges à la sauce du Gran Visir.
Pommes de terra, deguisées en Louis XIV.
Os de lapins à la maréchale.
Oreilles de petit oiseau garçon, avec lentilles percées...
 Platos verdaderamente fantásticos y propios para personas delicadas de estómago.
 La Cuaresma obliga á los cocineros á meditar novísimas combinaciones para concertar lo agradable con lo barato.
 Para suplir la falta de alimentación, empieza el período musical.
 La Sociedad de Conciertos inaugura sus tareas en el Circo del Príncipe Alfonso.
 Ya vamos cara á Felipe Ducazal.
 Que es como si dijéramos: cara al buen tiempo.

EDUARDO DE PALACIO.

CHARADAS

Es el amor una *to lo*,
 y el *dos tres una dos terciá*,
 pues á menudo al casarse
 suele dar con él en tierra.

En cuanto suene la *todo*,
 coloco la *terciá cuarta*;
 echo mano á la *una dos*,
 y ya estoy como unas pascuas.

R. DE M.

Solución á las anteriores:

TEMBLEQUE.—AMIGO.

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.



LA ILUSTRACIÓN NACIONAL

REVISTA DE 16 PÁGINAS Y SUPLEMENTOS CON MAGNÍFICOS GRABADOS

Ciencias.—Artes.—Industria.—Literatura.—Música.—Teatros.—Modas.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

PENÍNSULA..	{	Trimestre..	4 pesetas 50 cénts.
		Semestre.	9 " "
		Un año.	18 " "
EXTRANJERO.	{	Semestre..	12 pesetas.
		Un año..	24 " "

Los pedidos pueden dirigirse á la Administracion en Madrid, CALLE DEL ALMIRANTE, 2, QUINTUPLICADO.



A